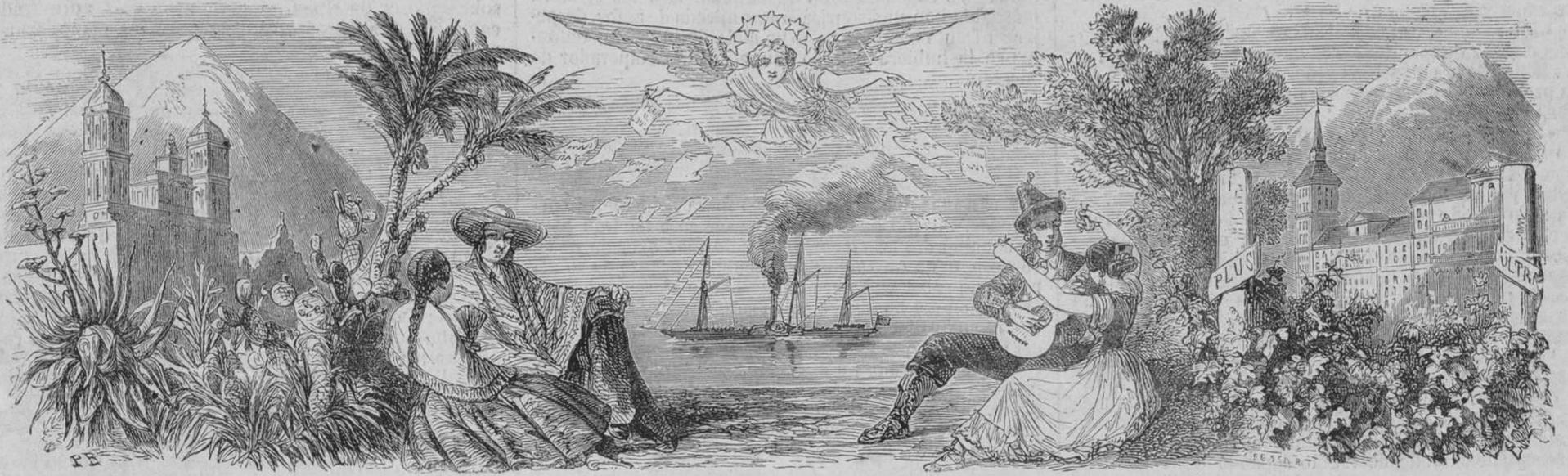


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 21. — Nº 503.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

El general Concha; grabado. — **Mina.** — **Revista de Paris.** — **Estados Unidos de América;** grabados. — **Cercanías de Paris;** grabado. — **Cuentos de Carlos Dickens.** — **Regatas de Tolon;** grabado. — **Los diques del Allier en Vichy;** grabado. — **Fuegos artificiales del 15 de agosto;** grabado. — **El estilo es el hombre.** — **Fragmentos de un viaje al Japon, al Amor y al Kamtschatka;** grabados. — **Reminiscencia de la campaña de Africa.** — **Revista de la moda.** — **España en Londres.** — **Colocación de la primera piedra de la iglesia del Vesinet;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

El general Concha,

MARQUÉS DE LA HABANA,
embajador de España en Francia.

El general don José de la Concha, marqués de la Habana, vizconde de Cuba, nació en Córdoba de Tucuman, Buenos Aires.

Cuando la emancipación de las Américas españolas su padre era gobernador e intendente de la provincia de Córdoba, y fiel a sus deberes y a su patria, fué fusilado por los insurrectos.

La viuda se refugió en la Península con su hijo, que entró en 1822 en la escuela de artillería, donde llegó a ser profesor de matemáticas en 1829.

Habiendo entrado en el servicio en una época de revolución y de guerra civil, don José de la Concha recorrió, gracias a su valor, en algunos años y sobre los campos de batalla todos los grados de la escala militar, siendo nombrado mariscal de campo en 1844.

Estudioso, liberal, político de un mérito consumado, el señor Concha ha sido diputado, vicepresidente de la Cámara, capitán general de distrito, director general de caballería, miembro del Senado, donde ha pronunciado brillantes discursos, y capitán general de la isla de Cuba, importantes funciones que ha desempeñado con distinción y acierto. Citemos entre otras cosas las reformas que introdujo en la organización y la táctica de la caballería, reformas que merecieron la unánime aprobación de todos los

hombres competentes, y que la modificaron completamente.

Pero donde el general Concha ha podido probar principalmente su alta inteligencia ha sido en el mando que ha ejercido dos veces en la Habana durante siete años, como gobernador y capitán general de la isla. Allí dió un nuevo impulso a la administración pública y al co-

mercio, y se granjeó en poco tiempo las simpatías más ardientes por parte de los habitantes y hasta la estimación de los Estados Unidos. Concha fué quien burló los proyectos de esta nación cuando desembarcó Lopez para sublevar la isla, y a su energía se debe que la España no perdiera entonces la preciosa Antilla. Lopez fué cogido, y todos los filibusteros perecieron ó cayeron prisioneros. Posteriormente

hizo abortar una revolución que amenazaba estallar en Cuba para entregar la isla a los Estados Unidos. La reina Isabel le nombró entonces marqués de la Habana, vizconde de Cuba. El marqués se halla condecorado con todas las órdenes civiles y militares de España y con la placa de gran oficial de la Legión de Honor.

Actualmente ha dejado el empleo de director general de artillería para venir a Paris de embajador cerca de S. M. Napoleon III. La elección es de feliz pronóstico para la solución de la cuestión mejicana, así como también para las relaciones amistosas y buen acuerdo que deben reinar entre la Francia y la España.

J. DEL PERAL.

— Sobre la recepción del general en Tullerías, leemos en el *Moniteur* del 14 :

« Su Excelencia el teniente general don José Gutierrez de la Concha, marqués de la Habana, ha tenido el honor de ser recibido hoy (13) por el emperador en audiencia pública en el palacio de las Tullerías, y entregarle las cartas que le acreditan cerca de Su Majestad imperial en calidad de embajador extraordinario y plenipotenciario de S. M. la reina de las Españas.

El emperador estaba rodeado de SS. EE. los grandes oficiales de la Corona y de los oficiales de servicio de la casa de S. M.

Su Excelencia el ministro de Negocios extranjeros asistía a la audiencia.

Su Excelencia el señor marqués de la Habana dirigió al emperador el discurso siguiente :

« Señor : Tengo el honor de entregar a V. M. I. las cartas que me acreditan como embajador extraordinario y plenipotenciario de la reina de España.

» Al confiarme esta misión, la reina me ha encargado asegure a V. M. de sus sentimientos de sincero afecto, así como de la simpatía que le inspira la nación francesa. Estos sentimientos los participa el pueblo español, que sabe



S. E. EL GENERAL CONCHA,

marqués de la Habana, embajador de España en Francia.

apreciar, así como su soberana, el interés que V. M. y el pueblo francés han demostrado reiteradas veces por la gloria y prosperidad de la España.

» La reina, mi augusta soberana, cuyo vivo deseo es conservar entre España y Francia esas relaciones de confianza recíproca, se felicitará siempre de ver estrecharse los lazos que deben unir á entrambos pueblos.

» Mi ambición es conseguir, por mi celo y solicitud en el cumplimiento de esta alta misión, merecer la benevolencia y estimación de V. M.

» Intérprete de mi soberana, os suplico, señor, aceptéis en esta ocasión los votos que forma por la dicha de V. M., la de la emperatriz y del príncipe imperial y por la prosperidad de la Francia.»

El emperador respondió :

« Señor embajador : Desde mi advenimiento al trono no he omitido, vos no lo ignorais, ocasión alguna para manifestar á la reina de España mi viva simpatía, así como á la nación española mi profunda estimación. Me ha sorprendido pues, tanto como me ha afligido, la divergencia de opinión ocurrida entre nuestros dos gobiernos. Como quiera que sea, la elección que acaba de hacer la reina para representarla de un hombre tan conocido por la lealtad y nobleza de sus sentimientos, me hace esperar una apreciación imparcial de los sucesos que han tenido lugar. Encontrareis cerca de mí la acogida de que sois digno. Sé que en efecto estais animado hácia la Francia de los mismos sentimientos que vuestro predecesor, el cual ha dejado entre nosotros los mejores recuerdos. Aprecio, no lo dudeis, las intenciones conciliadoras que os han hecho aceptar una misión en circunstancias delicadas. Solo depende de la reina de España, podeis asegurárselo, el tener en mí siempre un aliado sincero, y el conservar al pueblo español un amigo leal que desea su grandeza y prosperidad. »

Su Excelencia el embajador de España tuvo el honor en seguida de ser recibido por S. M. la emperatriz.

Su Excelencia el señor marqués de la Habana, acompañado de las personas de su embajada, fué conducido al palacio de las Tullerías en carruajes de la corte, y llevado despues de la audiencia, con el mismo ceremonial, al hotel de la embajada. »

Mina.

CUENTO FANTASTICO.

« Como me lo contó os lo cuento. »

I.

El país de las aventuras misteriosas, la patria de las silfides y las ondinas, el suelo predilecto de los encantadores y las magas, es la Alemania, la poética, la nebulosa Alemania. Sus selvas, tan antiguas como el mundo, tan negras como el infierno, son asilo de innumerables duendes y fantasmas : sus lagos y sus torrentes están poblados por mil hermosas ondinas ; las orillas de sus caudalosos rios, siempre cubiertas de una neblina gris, están erizadas de fuertes castillos feudales, teatros de las mas increíbles tradiciones... ¿Y qué mucho? En todos ellos reside algun diablo azul ó algun blanco espectro, ya fije su mansion entre los pilares de sus góticas capillas, ya en sus revueltos subterráneos, ya entre sus desiguales almenas, ya en el húmedo panteon donde duermen con eterno sueño en sus tumbas de piedra los antiguos señores del castillo.

II.

Hay en la orilla izquierda del Rin una fortaleza de piedra de que era señor hace trescientos años un baron muy poderoso. Tenía este baron una hija de diez y seis años. Hablando de ella, decia en la crónica que escribió de aquella época el capellan del castillo, hombre ya asaz contaminado con las nuevas doctrinas de Lutero, estas palabras : — « La condesa Mina es una viva imagen de su madre la baronesa Matilde, que pasaba por la mujer mas hermosa del imperio : sus ojos son del color del cielo en una mañana de primavera ; su rostro delicado tiene la palidez de la luna : en su cabello de un color rubio ceniciento brillan reflejos argentinos cuando los hiere la luz del sol ; su cuerpo es tan airoso y flexible como una palma oriental. Hay además en toda su persona un no sé qué de aéreo ó ideal que revela una celeste naturaleza. Tal es la condesa Mina, hija única del baron de Steinlonberg. »

III.

No es extraño pues, siendo tan perfecta Mina, que estuviera su padre tan orgulloso con ella, y que la destinara allá en su mente á los mas brillantes partidos. Cuando la veía el anciano baron, en los escasos momentos que le dejaba libre la costumbre feudal de vivir en perpetua guerra con sus vecinos, arrodillada al pié de un crucifijo, cruzadas las manos sobre el pecho y los ojos húmedos de lágrimas, pedir al cielo que conservara la vida de su padre y rezar con fervor por su

difunta madre ; cuando la oía cantar con una voz tan dulce como la de los ángeles, inclinada como una azucena sobre su arpa de ébano, las dulces baladas tirolesas, ó la veía descifrar con una paciencia benedictina, para disipar los cuidados que anublaban la frente del poderoso baron, las crónicas de sus antecesores manuscritas en iluminados pergaminos ; cuando consideraba, en fin, que aquella delicada flor, aquel arcángel de luz era el solo consuelo de su ancianidad, la única criatura que sabia con una sonrisa ó una mirada de amor despejar su frente sombría como un cielo de invierno, entonces se la hubiera negado aun al mismo emperador de Alemania.

IV.

Y con mas motivo á quien no fuera príncipe ni emperador. Porque en efecto, debe ser cosa amarga para un anciano desprenderse del objeto mas querido de su corazón, dar á otro voluntariamente un pedazo de su alma, y no saber cuál será la suerte que le espera bajo la protección del hombre á quien le entrega. Si fuera evidente, como dicen, que todos nuestros afectos son hijos del egoismo, ó sea un reflejo del afecto profundo que cada cual se profesa á sí propio ; si estuviera bastante probado este vergonzoso secreto de la naturaleza humana, diríamos que el baron se amaba tanto que no queria exponerse á tener un disgusto viendo á su hija infeliz ó malograda.

V.

Al emperador de Alemania tampoco le hubiera dado Mina su mano voluntariamente, y en esto á lo menos era de la misma opinión que su padre. Pero la hermosa niña amaba ya con aquella ternura inefable con que se ama á los diez y seis años, y cuando lo supo el baron, penetró en su alma la mas profunda amargura. Hasta entonces él habia sido el único objeto de los pensamientos de Mina, el único ser por quien alguna vez se habia despertado sobresaltada en medio de la noche. Cuando conoció al que amaba su hija, sintió hácia él un odio implacable y le maldijo en el fondo de su corazón.

VI.

Arturo sin embargo no era digno de ser aborrecido : Mina le hacia mas justicia amándole con toda su alma. Era este uno de aquellos jóvenes blancos como la nieve, apasionados y novelescos de que tanto abunda la novelesca Alemania : uno de aquellos seres sublimes y melancólicos, cuyo tipo se encuentra en Schiller y en Mozart, especies de ángeles desterrados del cielo, condenados, por una injusta fatalidad, á vivir entre los hombres. Tal era el joven Arturo.

VII.

Sus ojos de un azul sombrío, húmedos y rasgados, se dirigian continuamente al cielo con una expresión de amargura indecible, y se veía al mismo tiempo en su frente, de una blancura celestial, la mas profunda resignación. Sus labios entreabiertos como una rosa de verano, exhalaban un aliento perfumado y purísimo. Su rostro, perfectamente ovalado, mostraba aquella inocente serenidad que tanto nos hechiza en el semblante de los niños ; y aunque era alto de cuerpo y gallardo como un mancebo, se traslucía en todo él una delicadeza mujeril.

VIII.

Así que, inútil será decir cuánto se amaban Mina y Arturo : sus almas se comprendian como dos hermanas gemelas, y hasta cierto punto formaban parte la una de la otra. Separarlas hubiera sido destruirlas, hubiera sido cortar el lirio de su tallo, arrancar al laud sus cuerdas sonoras. Sus dos almas unidas formaban una misteriosa armonía : su amor era una predestinación, un efecto del irresistible influjo de las estrellas.

IX.

Estaba el cielo cubierto de nubes : algunos relámpagos amarillentos desgarraban de cuando en cuando su negro velo : un viento agudo y sonoro sacudía las altas ramas de los pinos, gigantes embozados en su capa de escarcha. El reloj de un monasterio vecino acababa de dar las seis de la tarde, cuando atravesaba Arturo un bosque contiguo á la morada del soberbio baron. Caminaba el joven á muy buen paso, pero volviendo atrás la cabeza continuamente y parándose para percibir el menor ruido : la palidez natural de su rostro estaba entonces aumentada por el terror supersticioso que le causaba la soledad de aquellos sitios.

X.

¡Triste soledad! — Arturo no temia hallarse con una partida de salteadores, ni ver de repente brillar sobre su pecho el puñal de un asesino : no temia extraviarse en aquel laberinto de árboles que tan perfectamente conocia ; la próxima tempestad solo le causaba un leve sobresalto, y sin embargo su corazón latía apresurado como el de un ruiseñor cautivo entre las manos de un niño.

XI.

Porque cada árbol cubierto de nieve que veía á lo lejos le parecia una fantasma evocada de su sepulcro ; á cada golpe que le daban al andar las ramas de los arbustos, creía sentir sobre su cuerpo la mano helada de algun duende. Y no es extraño que así fuera ; Arturo vivía en el siglo XVI, siglo de candor y de fe, de superstición y de creencias. — Iba pues andando Arturo con no poco miedo, cuando llegó este en su corazón al mas alto punto, al ver brillar entre las ramas, á la repentina luz de un relámpago, un bulto metálico que despedía reflejos de color de sangre.

XII.

Entonces toda la suya se le heló en las venas y quedó inmóvil, sin que le fuera posible dar un paso ni adelante, ni atrás : los reflejos azules de sus cabellos negros como el azabache se veían cubiertos de un sudor casi cuajado. — La oscuridad crecía por instantes y con ella el rumor del viento que arremolinaba : volvió á herir la luz de un relámpago en el bulto metálico y Arturo se estremeció de nuevo hasta la médula de sus huesos, porque en efecto era supersticioso y débil como una mujer.

XIII.

No le era posible seguir adelante, y sin embargo sabia que Mina le aguardaba en su ventana, desde la cual le habia prometido hablarle aquella noche por estar ausente su padre. Se lo habia prometido en una carta que confiada á un mensajero infiel, llegó primero á manos del baron de Steinlonberg que á las de Arturo. Este por fin, se resuelve á seguir adelante : despues de haberse encomendado á la Virgen María con todo fervor, arrodillado sobre la yerba encamecida por la escarcha, sigue su camino hácia el castillo, cuyas altas almenas se desprendian apenas á lo lejos del fondo adusto del horizonte.

XIV.

Sus labios pronunciaban el dulce nombre de Mina : el sobresalto le hacia volver la vista atrás á cada instante y apenas podían sostenerle sus rodillas. Cada vez que algun relámpago le descubría el objeto de su terror, cerraba los ojos como un hombre que conoce el peligro y se resuelve á no hacer resistencia. Al cabo de pocos momentos, al volver una senda, vió delante de sí, tan cerca que podía alcanzarle con la mano, un guerrero armado de punta en blanco : este guerrero era el baron de Steinlonberg.

XV.

— ¿A dónde vas? le dijo con voz tan bronca y desatemplada que Arturo creyó oír junto á sí la explosión de un arma de fuego. ¡Imprudente! ¡Pensabas poder arrebatarse á un anciano el único consuelo de su vida!... ¡Oh! ¡Maldición sobre ti! — Apenas oyó estas palabras, sintió el desgraciado joven penetrar en su pecho la punta helada de un puñal, y cayó al suelo como una flor arrancada por el huracán ; un instante despues exhaló el último suspiro, con un sonido tan tenue y fugitivo como el que forma resbalando sobre las cuerdas del arpa una mano moribunda. Caía la lluvia á torrentes, y apenas tocó al suelo el cadáver de Arturo, le arrebató en sus aguas un arroyo desprendido de la mas cercana colina... Entonces tembló á su vez el soberbio baron : un terror supersticioso embotó por un momento todas las potencias de su alma.

XVI.

En la noche de aquel mismo día, estaba el padre de Mina en un salon del castillo, acompañado del capellan cronista, que con una voz lenta y monótona iba leyendo en alta voz las sublimes palabras de la Biblia, heréticamente traducidas en lengua vulgar. Ardía una encina entera en la inmensa chimenea de la estancia, y la lámpara de hierro que pendía del techo, bañaba las paredes y los trofeos que la adornaban con una luz macilenta.

XVII.

Sumergido estaba el baron en inquietas meditaciones, lo que se conocía por los movimientos bruscos con que se revolvió en su sillón, como un oso apresado en estrecha jaula: de cuando en cuando salía de su pecho alguno que otro ronco suspiro. Era ya bastante entrada la noche, y aquella hora avanzada, y la voz lenta del capellan y el suave calor de la chimenea, todo contribuyó a sumergirle en una agradable modorra, semejante á la que cierra despues de comer, en su muelle sillón, los carnosos párpados de obeso canónigo toledano.

XVIII.

Frontero al sitio que ocupaba junto á la chimenea el padre de Mina, habia un sitio vacío. Entrecabrió el baron los ojos al cabo de una hora de sueño, y no seria fácil decir lo que sintió al ver delante de sí, sentado en el sitio frontero al suyo, un guerrero vestido de armas negras, estrechando entre sus brazos á la hermosa Mina, y al oír los nombres de ¡Arturo! ¡Mina! suspirados con amor por aquellos dos jóvenes enamorados. Al mismo tiempo resonaban en los oídos del baron estas palabras de la Escritura, pronunciadas lentamente por la voz severa del capellan: «Y el Señor le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano grita desde la tierra hasta mí. Por lo cual ahora serás maldito en esta tierra que ha abierto su boca para tragar la sangre de tu hermano derramada por tí.»

XIX.

Es el caso que todo esto debia ser una ilusión de aquel padre celoso, porque Mina entre tanto estaba sola en su estancia tendiendo la vista por el balcón abierto, sobre el espeso bosque que hasta donde podia alcanzar la vista rodeaba el castillo. Apoyada la frente en la palma de la mano, cargados los ojos de ternura y de anhelo, llena su alma de inquietud, esperaba á su Arturo la dulce niña, sin saber á qué atribuir aquella tardanza.

XX.

Muchos motivos tenia Mina para estar inquieta, pero era el mayor de todos saber que debian estar prontos á entrar en campaña para el día siguiente todos los vasallos, en edad de tomar las armas, dependientes de aquella gran baronía; su señor feudal lo habia exigido así para terminar de una vez sus contiendas con otro baron no menos inquieto y belicoso que él. Arturo era vasallo del padre de Mina, no porque hubiera nacido en sus dominios, antes bien nadie sabia quiénes eran sus padres, ni cómo ó cuándo se habia establecido en aquellas cercanías: pero se hallaba en ellas, estaba en edad de tomar las armas, y fuese noble ó villano, cosa que nadie sabia tampoco, era menester que al día siguiente, al primer toque de los clarines, estuviese formado con los demás vasallos delante del castillo, bajo las banderas feudales del baron de Steinlonberg.

XXI.

A la tempestad de la tarde habia sucedido una de aquellas noches blancas y frias que tan generales son en los países del Norte: parecia que la bóveda celeste reflejaba el color de un suelo cubierto de nieve. Mas de una hora hacia ya que estaba Mina en su balcón, sumergida en mil vagas ideas, cuando vió á lo lejos acercarse al castillo con toda velocidad un bulto negro, que luego distinguió ser un hombre y un caballo que á toda carrera se adelantaban. Estaba el hombre cubierto de armas negras y era el caballo del mismo color que las armas del caballero. En su gallardo porte, en la gracia de sus movimientos reconoció al joven Arturo: pocos instantes despues una escala de seda reunió á los dos afortunados amantes. El caballo quedó atado á una argolla bajo el balcón de la doncella, golpeando las guijas del suelo con su ferrado casco.

XXII.

Creyó Mina hallarse bajo la influencia de un sueño, cuando de repente, sin acordarse de haber salido del castillo, se halló sentada á la grupa del caballo negro que montaba Arturo, y sintió sobre su cintura la presión de una mano cubierta de hierro que fuertemente la sujetaba: esta mano era la de Arturo. El y su amada cruzaban á caballo con la rapidez del relámpago colinas y selvas y llanuras inmensas, acercándose mas y mas á un horizonte oscurísimo donde serpeaban en rápida vislumbre algunas rafagas de luz. El cielo por lo demás estaba como antes puro, blanco y sereno; pero la pobre Mina se hallaba en una angustia inexplicable: pálida como la muerte, los ojos desencajados, seca y fria, los cabellos erizados, violentamente oprimida su linda boca con am-

bos puños cerrados, temblaba la hermosa niña en los brazos de aquel misterioso espectro, como la tímida gacela entre las garras del tigre...

XXIII.

Al choque de los piés del negro troton brotaban chispas del suelo, y por los ojos y por la boca arrojaba llamas azules y rojas; el mas profundo silencio reinaba en derredor, y ni aun se oía el ruido que hacia el caballo al galopar. Despues de haber andado dos horas por lo menos, llegaron Mina y Arturo á la entrada de una gruta; bañaba la atmósfera una media luz semejante al último crepúsculo de la tarde. Apeóse el caballero de las armas negras, y con gentil cortesía, puesta una rodilla en tierra y la otra doblada á guisa de estribo, ofreció su mano á Mina y la ayudó á apearse del negro palafren.

XXIV.

Estaban los dos jóvenes á la entrada de la gruta, Mina palpitando aun de terror, Arturo grave é inmóvil como una estatua de bronce. — Mina, Mina, dijo este con una voz tan triste y cavernosa que parecia salir de un subterráneo, — ¡vamos á separarnos para siempre! — Dame tu mano, Mina, — deja que estampe mis labios en los tuyos.

XXV.

Y quitándose la manopla de la diestra, presentó á su amada los dedos largos y nudosos de una mano de esqueleto — y levantando con la izquierda el casco guerrero, dejó ver el cráneo pelado y la expresión sardónica de una calavera, cuyas huecas facciones, vistas á la luz de la luna, formaban un conjunto verdaderamente espantoso: — aquella calavera movía sus labios de hueso como si quisiera articular algun sonido. Dió entonces el espectro un paso para acercarse á Mina; pero esta, lanzando un grito de horror y sacando nuevas fuerzas de aquella sensación profunda, corrió hacia la gruta y penetró en ella, delirante, frenética, como penetra en los abismos un alma criminal acosada por los espíritus infernales. Fué sin embargo aquella sensación tan violenta como rápida, pues familiarizada ya por decirlo así con las impresiones sobrenaturales de aquella noche, se recobró pronto y volvió la vista atónita á todos lados para reconocer el sitio en que se hallaba. ¡Cuál fué entonces su admiración! Vió que era aquel una gruta fresca y hermosa, cubierta de algas y conchas marinas, en que se respiraba un ambiente puro como el que refresca en las noches de verano el rostro de las hermosas sobre las aguas de los canales en las góndolas venecianas.

XXVI.

Oyó Mina á corta distancia los ecos de una dulce armonía, lenta, melancólica y sublime; un concierto de arpas é instrumentos desconocidos unido á la acorde modulacion de algunos acentos femeniles. Era un himno funeral, un canto de muerte lo que tan dulcemente sonaba; y á la horrible agitacion en que hasta entonces se habia encontrado Mina, sintió esta suceder en su pecho un sentimiento de lánguida tristeza, inefable y profunda. Continuó adelantándose hacia el sitio de donde salían aquellos sonidos; pero sin duda debia estar muy lejano ó ir retrocediendo lentamente y sin que ella lo advirtiera, porque aun despues de haber andado mucho, siempre se hallaba á igual distancia del término de la gruta. Sentía Mina una especie de mareo, de aturdimiento; pero ni padecía ni se consideraba desgraciada. Empezó de nuevo á circular la sangre en sus venas, y dos lágrimas de ternura humedecieron sus párpados. Llegó en fin al término deseado y penetró en una estancia cuyas paredes eran tan diáfanas y cristalinas, que no parecia sino que el éter del cielo las circundaba por todas partes. En un lado de aquella estancia vió una escena capaz de conmover un corazón de roca.

XXVII.

Un grupo de mujeres hermosas como serafines reclinadas sobre arpas de cristal, y veladas con blancos cendales y largas cabelleras argentinas, rodeaba un túmulo formado de conchas y yerbas, sobre el cual yacía el cadáver de un joven. Una mujer, mas hermosa que todas las mujeres, reclinado el cuerpo sobre el cadáver, le miraba con amor, humedecía con el aliento de su boca sus cárdenos labios y la frente pálida del mancebo, derramando al mismo tiempo sobre él un torrente de lágrimas. En el rostro de aquella mujer brillaba la ideal belleza de las ondinas; era una ondina en efecto. Un momento despues de haber entrado Mina en aquella estancia, huyeron despavoridas al verla las jóvenes que con sus arpas de cristal llenaban el aire de una celeste armonía. Al ver el espectáculo que tenia delante, sintió Mina abrirse de nuevo todas las llagas de su corazón, porque en aquel joven muerto reconoció á su desgraciado aman-

te Arturo. En su rostro, privado de vida, reinaba aquella serenidad celeste que tanto le embellecía en tiempos mas felices, pero examinándole de cerca se veían tambien en él algunas violentas contracciones, señales de su reciente agonía.

XXVIII.

— Ven, ven, dijo á Mina la mujer que lloraba sobre el cuerpo de Arturo; ven, por tí murió este mi desgraciado hijo. Yo le recogí en mis brazos porque me hallaba entre las aguas del arroyo junto al cual le asesinó tu inicuo padre. Ven, fatal mujer, ven; contempla tu víctima. — ¡Mi víctima! exclamó Mina: ¡oh! ¡no, no! — Y diciendo esto voló con los brazos abiertos hacia el funebre lecho; pero no bien hubo tocado el frío cadáver, cuando desplomándose á la voz de la ondina la gruta y el lecho, se sintió arrebatada, llevando entre sus brazos á su perdido amante, por una corriente impetuosa. Durante algunos minutos la persiguió como su sombra la imagen de la desolada ondina, que en pié á la orilla del agua, adelantándose con la misma velocidad que la corriente, aunque sin dar paso alguno, la miraba con una expresión indefinible de dolor y de ira. Desapareció por fin esta imagen, y Mina privada ya de sentido, se dejó llevar por la corriente sin soltar el cuerpo del infeliz Arturo.

XXIX.

Terrible fué la batalla en que el baron de Steinlonberg, resuelto á terminar de una vez sus desavenencias con otro caballero tan poderoso como él, perdió la mayor parte de sus soldados y todas las posesiones de su baronía, excepto el fuerte castillo situado en la orilla izquierda del Rin. Al fin de la prolija relación de esta batalla, inserta en la página 542 de la ya citada crónica del capellan del castillo, se lee lo siguiente: «Serian las siete de la tarde, cuando el baron, perdida ya toda esperanza, se retiró del campo de batalla, seguido de algunos escuderos y del autor de esta crónica. No menos rendido de cansancio que su señor estaba el hermoso alazan andaluz del baron: tuvo pues este que detenerse en un espeso bosque, distante como hasta tres millas de su fortaleza. Sentóse sobre la yerba al margen de un arroyo, y mientras estaba sumergido en sus amargas meditaciones, aumentó de repente la espantosa lluvia que durante todo el día habian estado despidiendo las nubes. La corriente acrecida del arroyo junto al cual descansaba el baron, trajo al cabo de pocos momentos entre sus aguas y depositó á sus piés dos cuerpos abrazados: uno de ellos era el de su hija única, la hermosa Mina. No me fué ya posible ocultarle el terrible secreto que yo sabia ya por acaso, y que hasta entonces habia podido guardar. ¡Infeliz!... La noche del día anterior entré en la estancia de la condesa Mina, pero demasiado tarde por desgracia para evitar su temprana muerte. Aun no habia yo pasado el dintel de su puerta, cuando á la claridad de la luna, vi á la hermosa joven precipitarse desde su ventana en un raudal que corria á los piés del castillo, y en cuyas aguas vió la infeliz, que acababa de despertarse de un largo y agitado sueño, el cadáver de un joven á quien amaba con toda su alma. Cuando acudí á sacarla de las aguas, á ella y al joven se los habia llevado ya la corriente. Oculté esta cruel nueva al baron, esperando siempre que no seria mortal para su hija aquella caída, y tomando las mas minuciosas precauciones para descubrir su paradero. ¡Pero todo fué inútil! Cuando volví á verla en el bosque donde estaba su padre, ya era cadáver... El desgraciado baron al verla perdió enteramente el juicio, y pocos meses despues murió de pesadumbre en el castillo de sus mayores.»

XXX.

Hasta aquí el texto histórico. No obstante la autenticidad de este documento, la tradición popular ha conservado á la desastrada muerte de Mina la explicación fantástica que daba de ella el baron en sus raptos de delirio. — He matado, exclamaba, al hijo de una ondina, y la ondina se ha vengado ahogando á mi hija. El espectro de su amante la atrajo á la gruta fatal: ¡allí está! ¡Ya se hunde la gruta!... ¡Madre desapiadada!... ¡Mina, adios, adios! — Y el miserable anciano, presa de aquella horrible visión, se moría lentamente.

El lector escogerá como guste entre la historia y la tradición.

EUGENIO DE OCHOA.

Revista de Paris.

Las fiestas del 15 de agosto han tenido efecto con arreglo al programa que extractamos en nuestra última crónica, habiendo sido precedidas el día 14 de una gran revista de tropas en el Campo de Marte, pasada por el emperador en presencia de ese inmenso gentío que acude siempre en París á esos espectáculos militares. El mal tiempo que hizo durante el día 15 contrarió un poco las diversiones dispuestas al aire libre, pero en cambio fa-

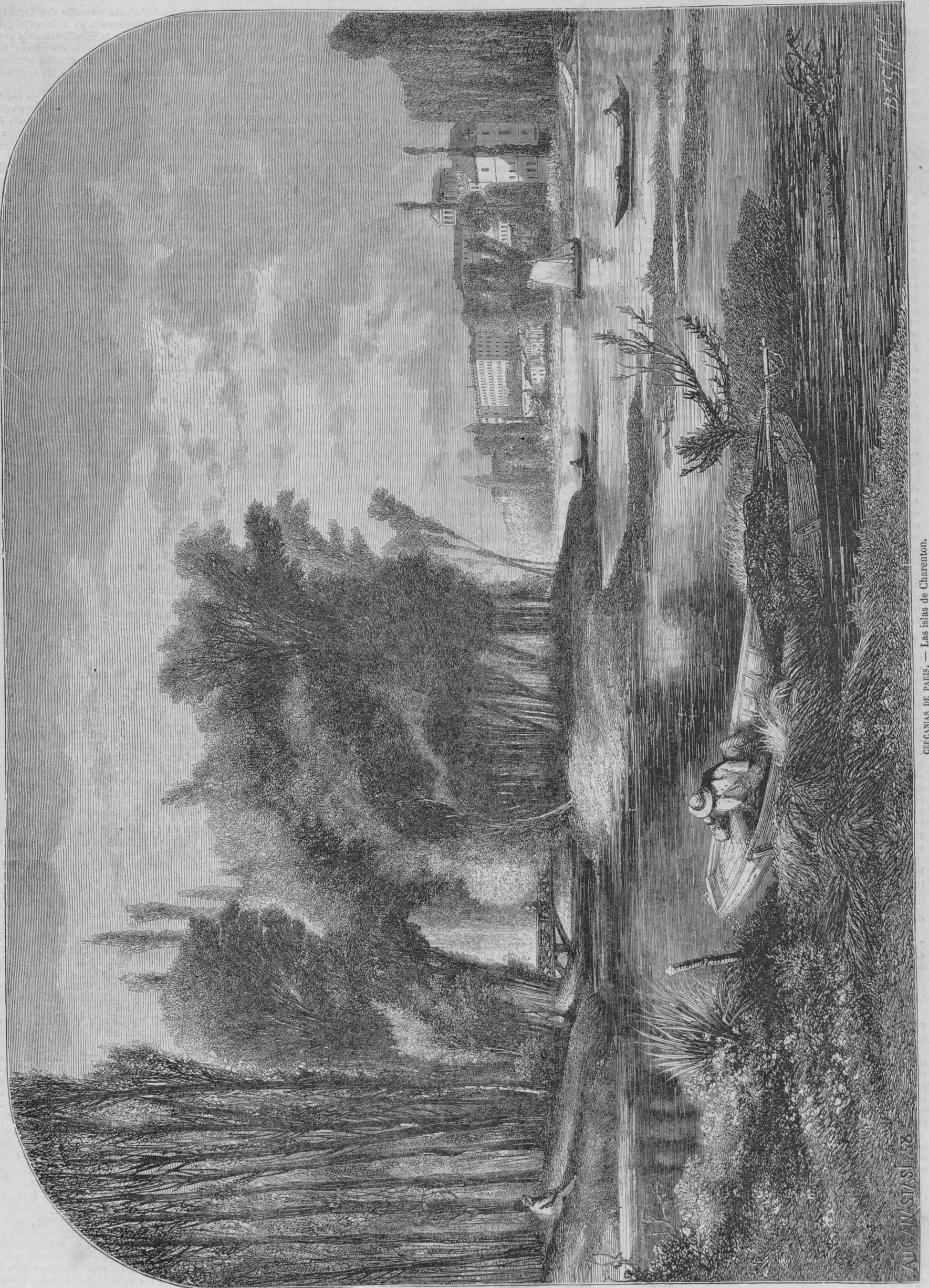


ESTADOS UNIDOS DE AMERICA. — Retirada del ejército de Mac-Clellan : marcha de la flotilla federal.



Batalla de los cinco dias : el combate de Swambridge.

J. COLEMAN DEL.



CETANIAS DE PARIS. — Las islas de Charenton.

voreció las de los teatros, cuyas puertas se vieron asaltadas por una inmensa muchedumbre, sin que por esto se advirtiera ningún desorden. Hubo funciones gratuitas en doce teatros, y como de costumbre, se solemnizó en cada uno de ellos la fiesta del día con una cantata escrita expresamente. A la conclusión de estas funciones el cielo se despejó lo bastante para que se pudieran admirar los esplendores de la fiesta nocturna. A las ocho todos los grandes edificios de la capital comenzaron a iluminarse, y en breve las dos orillas del Sena se mostraron alumbradas con fuegos deslumbradores. La calle de Rivoli, la iglesia de la Magdalena, los puentes de la Concordia, de los Inválidos y de Alma, los muelles de Orsay y de Billy, las entradas del Campo de Marte, el palacio de la Industria, el arco de triunfo de la Estrella, la columna Vendome, la torre Saint-Jacques de la Boucherie, el palacio de Justicia, la iglesia de Santa Genoveva, las puertas de San Dionisio y San Martín, el palacio del Hotel de Villa, la columna de Julio y la plaza del Trono, estaban iluminados con gas, así como los Campos Eliseos, donde se había probado este año por primera vez este nuevo sistema de iluminación que ha producido el más brillante efecto. De la plaza de la Concordia al arco de Triunfo se veía una sucesión de cifras, festones, águilas y globos luminosos, cuyo foco principal se hallaba en la fuente del centro del paseo. Esta fuente estaba rodeada de un pórtico en cuyos arcos y pilares se veían globos, banderas, estrellas y las armas imperiales en mecheros de gas, en tanto que sobre el pylon de la fuente brillaba un sol que mostraba en medio de sus rayos una N trazada con vasos de colores. En los árboles de las avenidas laterales se habían colgado 40,000 linternas chinascas, y los jardines se hallaban esmaltados de luces de Bengala.

A las nueve de la noche se dió fuego al inmenso castillo de pólvora preparado en el muelle de Orsay y en el puente de Jena, y que se componía de tres piezas principales. La primera era un mosaico de todos colores, la segunda un gran medallón rodeado de arañas, y la tercera figuraba una fachada de palacio de estilo del renacimiento, formada por tres arcos con jarrones de flores en medio, y en lo alto la cifra del emperador. A la derecha y á la izquierda de este palacio se elevaba una palmera luminosa, en la cual brillaba la cifra del emperador, de la emperatriz y del príncipe imperial. Estos grandiosos fuegos artificiales, cuya representación ofrecemos á nuestros lectores en la página 127 de este número, se concluyeron con tres ramilletes, el primero compuesto de bombas de todos colores, el segundo de cohetes en paracaída, y el tercero de 18,000 cohetes en medio de los cuales estallaron 400 bombas. M. Ruggieri, polvorista del emperador, es el que compone y dirige estos juegos pirotécnicos que constituyen el atractivo principal de las fiestas nacionales.

Ruggieri se ha hecho una reputación europea en su profesión, y todo el mundo conoce su nombre; pero lo que no se sabe tan comunmente, es que el Ruggieri actual descende del famoso astrólogo de Catalina de Médicis. Esta familia no ha dejado la Francia donde ha figurado en altos puestos. Dos Ruggieri fueron pages del rey Luis XV, y en la época del terror hubo un Ruggieri que perdió la vida en el cadalso á los noventa y cuatro años de edad. Los dos hijos de este último, completamente arruinados, teniendo que aprender un oficio para vivir, se hicieron polvoristas y comenzaron á rehacer su fortuna en tiempo del primer Imperio, en cuya época tomaron por empresa las fiestas públicas. El Ruggieri contemporáneo, que tiene á su cargo también los incendios y las apoteosis de los teatros de París, representa la octava de las generaciones que descienden del colaborador de Catalina de Médicis.

Sabido es que todos los años con motivo de la fiesta del Emperador se hace cierto número de nombramientos y promociones en la Legión de Honor, que alcanzan á individuos de todas las clases que han merecido esta alta recompensa. Esta vez la literatura no ha obtenido un crecido número de cruces; algunos redactores de diarios de París y los departamentos, y tres ó cuatro literatos no mas han recibido ese insigne favor, de que tan ávidos se muestran los franceses. Con este motivo tenemos que contar una anecdotilla muy curiosa.

Era el domingo último, y varios amigos escritores todos ellos hablaba del estilo epistolar y de la moda de escribir en tercera persona, que uno de ellos atacaba vivamente.

« Don Fulano de tal tiene el honor de prevenir, etc. »

Otro defendía la costumbre y sostenía que un billete redactado así era más cortés y ceremonioso.

— Antes que la cortesía, es la claridad, repuso el primero, y no hay nada que se preste tanto al error como esas endiabladas esquelas en tercera persona. Oid un caso que me acaba de suceder hace cuatro días.

« Era á principios de la semana, y recibí de mi amigo X..., jefe de negociado en el ministerio, la cartita siguiente:

Y sacando el papel del bolsillo leyó estas líneas:

» M. X..., jefe de negociado en el ministerio de... se apresura á participar á su amigo M. A..., que acaba de ser nombrado caballero de la Legión de Honor. »

Podeis juzgar mi alegría al leer esta carta, prosiguió el literato; me consideraba el hombre más feliz del mundo; lo primero que hice fué correr al pasaje de los Panoramas á encargar tarjetas con la mención honorífica: — M. A..., caballero de la Legión de Honor.

Desde allí me fuí al Palacio Real donde compré una cruz de oro de las más costosas, y una pieza de cinta encarnada.

Después me llegué á casa de mis principales amigos para darles la fausta nueva y recibir sus felicitaciones, y rodando por esas calles fuí á parar en fin al ministerio, donde me arrojé en brazos de M. X...

— ¡ Oh! amigo mio, le dije; ¡ qué alegría me ha dado usted! ¡ cuántas gracias le debo!

— ¡ Siempre tan buen amigo! respondió el empleado; yo soy quien da gracias á Vd. por la parte que toma en el favor que he merecido.

— ¡ Usted ha merecido el favor y yo soy el condecorado!

— ¡ Usted! ¡ Vd. condecorado!

— Sí, señor; ¿ no es cierto?

— ¡ Oh! No, amigo mio, el favorecido soy yo.

— ¿ Qué está Vd. diciendo?

— La verdad pura.... Vd. lo merece sin duda mas que yo, pero en suma, soy yo el agraciado.

— Sin embargo, me ha escrito Vd. que acababan de darme la cruz...

Y saqué su carta y se la enseñé; pero ¡ ay! muy luego comprendí cómo se debía interpretar la frase ambigua.

— Muchas gracias, dije á M. X... En lugar de emplear esa fórmula pretenciosa de tercera persona, bien podía Vd. haberme escrito sencillamente:

« Mi querido amigo: Tengo el gusto de anunciar á Vd. que acabo de ser condecorado con la Legión de Honor. »

Y furioso salí de su gabinete, con la resolución de no volverle á ver en toda mi vida.

Ya veis, amigos míos, si me gustarán á mí los billetes en tercera persona; el diablo se los lleve. »

Los amigos se rieron como era natural de este gracioso quid pro quo que tenía tan encolerizado contra el uso en cuestión al narrador de la broma.

A propósito de escritores, un amigo nuestro nos ha contado un lance que prueba que no se debe confiar mucho en la indulgencia de los críticos.

Hace algunas semanas se reunieron una noche unas veinte personas, literatos y algunos artistas, en casa de una señora que se consagra también al cultivo de las bellas letras.

Aquella reunión tenía por objeto oír la lectura de una comedia en tres actos escrita por un compañero, un amigo de la señora de la casa y de la mayor parte de los concurrentes.

Advertiremos que se fundan grandes esperanzas en el buen éxito de la producción que debe ponerse en escena este invierno, por cuyo motivo callaremos su título, así como tampoco podemos nombrar á las personas que figuran en esta anecdota.

— Amigos míos, dijo el autor antes de comenzar la lectura, no pido á ustedes elogios ni aplausos; ustedes tienen mas experiencia y talento que yo, y lo que les suplico es que me favorezcan con sus buenos consejos.

Todos protestaron contra aquella modestia exagerada y prometieron decir la verdad. Un solo convidado había obrado con franqueza; no había querido asistir á la reunión, y para disculparse había escrito al autor el siguiente billete:

« Mi querido amigo: No juzgo oportuno oír la lectura de tu comedia. No estoy bastante seguro de mí ni de tí para atreverme á darte mi opinión. Además, asistiré á su representación la primera noche, y bajo este concepto me permitirás que no tome en dos veces la medicina. »

El autor de esta carta es uno de los críticos parisienses más afamados.

Comenzó la lectura.

Los jueces se hallaban gravemente recostados en los sillones mientras el poeta leía su obra.

A la conclusión de cada escena el autor, inquieto, se detenía, interrogaba con la mirada al auditorio, y el auditorio se apresuraba á dar su parecer, que era siempre unánime: no había que cambiar ni una sílaba, todo estaba escrito con maestría.

De tiempo en tiempo sin embargo, un juez proponía una variación insignificante, como para dar una prueba de franqueza, y el autor congratulándose de no merecer otras censuras más importantes, se apresuraba á corregir en el sentido indicado.

Entre tanto, nuestro amigo prudentemente oculto detrás de un grupo del primer término, se había quedado atónito con los juicios que formaban los concurrentes; á cada situación original y expuesta con acierto permanecían fríos como la nieve, y aplaudían con furor cuando la situación era confusa, las ideas vulgares y el diálogo pesado ó sin interés.

Al pronto creyó que se engañaba, pero muy luego vino á conocer que todo aquello no era más que una burla.

Tenía á su lado un escritor que se distinguía por su entusiasmo en las escenas que mas corrección necesitaban; y no pudiendo resistir ya, se inclinó hácia él y le dijo:

— No comprendo lo que aquí pasa; todos ustedes acaban de aplaudir una escena que á mí me parece detestable, lo mismo en el fondo que en la forma.

— ¿ Y no lo comprende usted?

— No, seguramente.

— Pues es muy sencillo; aplaudimos porque es mala la escena, como Vd. ha dicho.

— Ahora lo entiendo menos.

— Entiéndalo Vd. de una vez; si no aplaudiésemos esa escena la cambiaría.

No puede darse una indulgencia más malévolá.

Los teatros de París se hallan completamente abandonados por el público, que sigue prefiriendo en la actualidad las diversiones al aire libre y las fiestas campestres. El jueves último, en el Hipódromo que estaba atestado de espectadores, ocurrió una de esas desgracias que deberían evitarse no permitiendo á los volatineros que se entregasen á ejercicios tan arriesgados.

Una célebre equilibrista que trabaja esta temporada en el Hipódromo de París, apareció á eso de las cinco al extremo de la cuerda inclinada disponiéndose á ejecutar su peligrosa bajada; pero apenas había adelantado tres veces el pié para asegurarse de la buena tensión de la cuerda, cuando esta se rompió de repente, y la infeliz jóven cayó de una altura de 30 metros.

Un grito inmenso resonó en el Hipódromo, que en breves instantes quedó evacuado. La pobre acróbata había caído de pié, pero había rebotado dando con la cara en la tierra.

Por fortuna el facultativo que acudió al momento declaró que no había ninguna fractura, y que solo eran de temer los accidentes que forzosamente debían resultar de una conmoción semejante.

Por el pronto, ha quedado imposibilitada de ganarse el sustento.

Tanto en Francia como en Inglaterra se clama continuamente contra las corridas de toros, y sin embargo no se alza una voz para condenar estas diversiones no menos bárbaras.

Justamente mientras esto sucedía en París, en Londres tenía lugar otro accidente deplorable en el teatro de Highbury-Born.

A eso de las diez de la noche, dicen los periódicos ingleses, la señorita Celina Young, llamada el Blondin hembra, acababa de conducir un carreton sobre una cuerda tendida á una altura de

cincuenta piés, y después de haberla recorrido dos veces con la cabeza metida en un saco, comenzaba su último ejercicio, que consiste en atravesar de nuevo la cuerda teniendo en su mano un balancín que despidе cohetes por sus dos puntas. Llegada á unos veinte piés por el lado oeste del escenario, se vió que el balancín oscilaba de un modo espantoso, y gritaron por todas partes que Celina Young iba á caer.

Un momento pareció que se agarraba á la cuerda ya con los piés, ya con las manos, pero un segundo después la vieron desplomarse de cabeza en medio de los altos árboles que tenía debajo. Al punto se precipitaron centenares de personas hácia el sitio en donde se hallaba extendida al pié de un árbol, muerta en apariencia.

Los cirujanos que acudieron inmediatamente la hicieron trasladar á un cuarto al lado del teatro, donde recobró sus sentidos. Celina Young está gravemente herida en la cadera izquierda y en el hombro derecho, pero parece ser que no corre peligro.

Finalmente, después de esta desgracia, la concurrencia pudo temer otra catástrofe en la sala donde Leotard comenzaba su representación. El atrevido gimnasta se lanzaba en los aires, cuando uno de los espectadores le notició lo que acababa de pasar; al oír la nueva se puso pálido como un muerto y perdió de tal modo sus fuerzas, que al salto siguiente sus manos no tocaron al trapecio central; pero por fortuna cayó de pié en el tablado que ponen para resguardo suyo debajo de las cuerdas. — ¿ No estremecen tanto estas peripecias como todos los accidentes que se pueden ver en una plaza de toros?

MARIANO URRABIETA.

Cuentos de Carlos Dickens.

EL SECRETO DEL AHORCADO.

Importa poco decir de qué manera y por quién he sabido la siguiente historia: básteme consignar que mi héroe fué ahorcado; y en cuanto á los hechos, hé aquí cuáles son:

— Pero ¿ cómo sucedió, le pregunté, que fuisteis...

No me atreví á pronunciar la palabra *ahorcado*, temiendo herir su delicadeza y su susceptibilidad; sin embargo, la suplió un ademán expresivo.

— ¿ Cómo sucedió que fuí ahorcado? repuso con un acento ronco. Quereis saber todos los pormenores ¿ no es verdad?

Estaba sentado enfrente de mí á la otra punta de la mesa de nogal, en mangas de camisa y con los piés descalzos en el suelo. Tenía unas ojeras profundas, y sus ojos, esféricos mas que ovalados, y brillantes con un lustre vidriado en el centro de sus órbitas, parecían ojos de fiera y no de hombre. Su frente reordaba también la de un espectro, azul, violada, amarilla, como una contusión de cinco días de fecha. Un sudor viscoso corría de su barba. Cuando la brisa del mar que por momentos penetraba al través de las celosías entreabiertas de mi ventana (pues hacia aquella noche un calor sofocante), levantaba las largas ondas de su recia cabellera, se habría creído ver que se ensortijaban las serpientes de las Euménides. Los dedos de sus flacas manos se encorvaban ligeramente por efecto de alguna rigidez muscular independiente de su voluntad, y observé en fin como un temblor espasmódico en todos sus miembros, con el carácter de la agitación que precede ó sigue á un ataque de tétanos.

Yo le había dado un cigarro, y él después de haber humedecido la punta en su boca, continuó volviéndose hácia mí, aunque fijando sus miradas mas bien hácia la pared que en mi persona:

— Es inútil, podeis atormentarme, desollarme vivo, rasparme la piel con limas tomadas... y luego echarme vinagre y frotarme los párpados con pólvora de cañon... que yo por mi parte no os podría decir dónde está el niño... No lo sé, ni lo he sabido nunca... ¿ Como conven-ceros de que no lo sé ni nunca lo he sabido?

— Amigo mio, repuse yo entonces, no habeis observado sin duda, que lejos de suplicaros que me digais en dónde está el niño á quien aludís, no siento la menor curiosidad de saber nada acerca de ese niño ó de otro cualquiera. Permittedme os haga notar que no veo la menor conexión entre un niño y el hecho de vuestro suplicio.

— ¿ Ninguna conexión? repitió con violencia: pues justamente no es otra la causa. Sin ese niño jamás me habrían ahorcado.

Murmuró algunas palabras mas concernientes á la criatura, y yo empujé un poco hacia él la botella de burdeos (expuesto á ser despertado y llamado fuera de casa á todas las horas de la noche, encuentro yo en ese vino una bebida mas ligera que todas las demás). Mi interlocutor llenó una copa grande que vació en su garganta, en lugar de beber como hace todo el mundo, y observé que sus labios estaban tan secos que el líquido dejó en ellos como las gotas de agua que se forman en un tafetan untado de aceite.

Por fin comenzó su relación en estos términos:

— Tuve la desgracia de nacer, me dijo, hace treinta y siete años, siendo heredero de un doble infortunio, pues mi madre acababa de quedarse viuda cuando nací, y murió cuando me dió á luz. ¿ Cual era mi verdadero nombre antes del nombre supuesto que ha sido la fatal maldición de mi vida? No os lo diré; pero no era uno de esos nombres sonoros realizados por un título aristocrático, pues mi padre fué un pobre comerciante, y mi madre había sido una criada antes de casarse con él.

Dos parientes acudieron en socorro del huérfano; eran mis tios, el uno hermano de mi padre y el otro hermano de mi madre. El primero era un marino retirado del servicio, rico y soltero, y el otro un tendero de comestibles que continuaba su comercio, viudo, con una hija única, y en un estado de fortuna no muy próspero. Detestábanse cordialmente, con esa especie de aversión fría y vigilante que siente un gato feroz por el perro con quien no se atreve.

Durante catorce años estos dos señores jugaron al volante con su pobre sobrino, enviándosele el uno al otro sin cesar y maltratándole á porfía. ¡Miserable juego! Unas veces era mi tío Collerer que descubría que yo estaba condenado á morir de hambre en casa de mi tío Morbus y me tomaba bajo su protección; otras era mi tío Morbus que se indignaba contra mi tío Collerer cuando éste me había dado golpes, é insistía para que volviera á vivir con él.

En suma, los dos me pegaban y me mataban de hambre.

Con esa astucia instintiva que un trato brutal inspira al muchacho mas estúpido, yo hacia cuanto estaba en mi mano para contemporizar con mis dos tios, y no podía lograrlo sino alimentando el odio que mutuamente se tenían.

No estaba bien con el tío Collerer sino hablando mal del tío Morbus, y no me reconciliaba con el tío Morbus sino diciendo pestes contra el tío Collerer, pero no creo que obrando así fuese culpable de una grande injusticia, pues aquellos dos viejos eran malvados á cual mas, y seguramente me habrían dejado morir en la calle, si cada uno de ellos no hubiese pensado que al protegerme en apariencia hacia rabiar naturalmente á su enemigo.

Cuando cumplí quince años advertí que me era preciso elegir una vez por todas entre mis dos tios, temiendo que á fuerza de pasar de uno á otro no acabase por quedarme sin ninguno.

Era muy natural que me decidiera por el rico, el marino retirado, M. Collerer, y aunque él recelaba en su interior que mi cariño se hallaba basado en su fortuna, sin embargo, á falta de mi afecto sincero, pareció contentarse con la antipatía cordial que yo manifestaba hacia mi tío Morbus. Hasta dejé de ver á este último; durante tres años no volví á poner los piés en su casa, y si le encontraba en la calle pasaba á la otra acera, dejándole que me amenazara con el puño y me llamara perro ingrato.

Si mi tío Collerer había renunciado al mar, no había renunciado á ganar dinero sobre la tierra: prestaba sobre hipoteca y con usura. Muy luego vine á ser su brazo derecho, ayudándole á dar prisa á los morosos, á descontar los pagarés de los comerciantes en pequeño, y á facilitar á los hijos de familia pródigos los medios de devorar de antemano la herencia paterna.

Mi tío reconocía que yo no carecía de inteligencia, y hasta se le escapó decir que merecía sucederle á su muerte. Lo que es en vida no era generoso, y no me encontraba yo á gusto con su mezquindad, pero la esperanza del porvenir me daba paciencia para el presente. Esperaba pues; y debo añadir que otra esperanza que la de heredar solo á mi tío me justificaba á sus propios ojos.

He dicho que mi tío el tendero tenía una hija, y ahora diré que no confundía yo á María Morbus con su padre.

En nuestra infancia estaba yo muy lejos de sospechar todo mi afecto hacia mi prima, pues este afecto me contenía siempre mis malos instintos, cuando abusando de mi fuerza sobre una niña delicada la atormentaba y la quitaba sus juguetes; pero conforme fuí creciendo eché de ver que era bonita, muy bonita, y habiendo llegado á amarla, se lo dije y fui correspondido.

Entonces me hallaba yo instalado en casa del tío Collerer; daba citas á la joven en el parque que tocaba á la casa de su padre, y ella venía á las citas á escondidas.

A decir verdad, yo no era un mozo seductor con mi semblante pálido, mi cabello crespo y mi manera de hablar sin elegancia; pero María Morbus sentía una secreta necesidad de amar, y su corazón creyó fácilmente en la sinceridad del mío.

Este amor correspondido dió á mi existencia una especie de aureola: no vivía mas que para María; confiaba en todas las esperanzas que aquel amor despertaba en mí, y á pesar de nuestra dependencia absoluta, María de su padre y yo de mi tío Collerer, á pesar del odio feroz que alimentaban aquellos dos hombres, á pesar del obstáculo insuperable que este odio parecía elevar entre María y yo, nos amábamos, confiábamos en la fortuna... y la esperábamos juntos.

Una noche á la hora de la cena (que consistía generalmente en un pedazo de queso con pan y cerveza) observé que mi tío Collerer tenía un aspecto mas sombrío y malicioso que de costumbre.

Hablaba poco y mordía su pan como si quisiera descargar en él su furia.

Concluida la cena se fué á un viejo armario donde cerraba sus papeles y sus valores comerciales; tomó una carpeta, desató la cinta y se puso á leer, sin que yo hiciera caso alguno, pues su lectura favorita de cada noche consistía en la revisión de sus pagarés y sus créditos hipotecarios. Cuando era vispera de algun vencimiento pasaba horas enteras mirando las firmas de las aceptaciones y los endosos, operación que mas tarde continuaba en sueños.

Aquella vez pensé yo que no hacia otra cosa; pero cuando hubo clasificado aquellos documentos que yo tomaba por papel sellado, me arrojé el legajito; salió sin pronunciar una palabra, y por el ruido de sus pasos en la escalera reconocí que se dirigía á mi cuarto, situado en el piso mas alto de la casa.

Abri el legajo con mano trémula y agitado mi corazón por un presentimiento, y encontré en él las cartas que yo habia escrito á María Morbus. Todo se puso á dar vueltas en mi derredor, y los caracteres de aquellas cartas se confundieron á mi vista en una danza infernal; en vano traté de descifrar una sola línea para leer la frase que hacia años se hallaba estereotipada en el fondo de mi corazón... Mi propia letra era escritura árabe para mí...

Mi tío apareció de nuevo con una maletita negra, donde guardaba yo todo lo que me estaba permitido creer que era mío.

— Tengo una llave que abre esta cerradura, me dijo M. Collerer, y ya habia leído las bonitas cartas que te escribe esa locuela; pero las tuyas que he recibido ayer tarde de manos de tu buen tío Morbus ¡que el diablo le abogue!... me han gustado muchísimo mas... ¿Con que soy un viejo avaro y vives de esperanzas?... La esperanza es una buena nodriza... amiguito mío...

Y al cabo de una pausa, durante la cual pareció gozarse tranquilamente en mi consternación, añadió:

— No tengo mas que dos palabras que decirte: todos tus harapos están en esa maleta, y has de renunciar á María Morbus, y renunciar para siempre escribiéndola una carta que yo te voy á dictar, ó puedes marcharte de aquí para no volver nunca. Y decidete al instante.

Dichas estas palabras encendió su pipa y se sentó, mientras yo me desesperaba en su presencia.

El amor, el temor, el interés, la avaricia... ¡maldita avaricia!... se disputaban mi alma; por fin una inspiración cobarde me aconsejó disimular á fin de ganar tiempo.

— Fingiré que renuncio á María, dije para mí, y secretamente la aseguraré lo contrario.

¿Con este doble juego, no podía seguir esperando la herencia de mi tío?

Confieso con vergüenza que este expediente satisfizo á la vez mi amor y mi cobardía, y declaré que aceptaba las condiciones de mi tío.

— Escribe pues, me dijo arrojándome un papel y una pluma.

Tomé la pluma y maquinalmente escribí lo que me dictó... no me acuerdo hoy de los términos... eran algunas frases abyectas que manifestaban mi resolución de olvidar mi amor á María.

— Está muy bien, exclamó mi tío cuando acabé de escribir; no tenemos necesidad de cerrar la carta ni de enviarla por el correo... pues podemos entregarla en propias manos.

La pieza donde pasaba esta escena tenía una puerta que comunicaba con un cuarto contiguo; mi tío Collerer empujó esta puerta, la abrió, y al mismo tiempo con un saludo burlesco introdujo á mi tío Morbus acompañado de mi prima.

— Aquí tenéis una carta que os ha escrito vuestro *fel amante*, la dijo el viejo avaro; pero no tenéis necesidad de leerla; habeis oido nuestra conversacion, y sin duda habeis admirado la docilidad de mi querido sobrino. Creo haber hablado bastante alto, aunque soy asmático y *no deba durar mucho tiempo*. ¿Eh, sobrino?...

Esta última frase era una cita de mis cartas.

Al tomar la carta de manos de mi tío Collerer, María temblaba; pero cuando turbado ya por el remordimiento la supliqué que me mirase, cuando la pedí con el acento mas apasionado que creyese la era fiel, ella me dejó anonadado con una mirada de desdenosa incredulidad, y luego arrugando el papel entre sus manos, le arrojó al suelo con desprecio.

Entonces intervino mi tío Morbus con su voz de falsete:

— ¡Vos, casaros con mi hija! exclamó; vuestro padre en el momento de su muerte debía mas de lo que tenia; á mi me debía y me debe aun. ¿No hay una ley para obligar á los hijos á que paguen las deudas de los padres? ¡Vos, casaros con mi hija! ¿Pensais que aceptaria yo por yerno al hijo de vuestro padre... al sobrino de vuestro tío?

Este último rasgo me revelaba que mis dos tios, un instante de acuerdo, iban á romper de nuevo las hostilidades.

Un rayo de esperanza brilló á mis ojos. — Salid de mi casa vos y vuestra hija, exclamó el tío Collerer. Me habeis hecho un favor y os he hecho otro, estamos pagados. Salid.

Aun oí á los dos enemigos que se disputaban en el corredor, así como oí tambien los sollozos de María, y luego la puerta de la calle se cerró violentamente, y mi tío Collerer entró en la pieza donde yo estaba.

— ¿Supongo, tío, que estais satisfecho ahora? le pregunté.

— ¡Satisfecho! repitió tomando el pote donde guardaba el tabaco como si quisiera tirármelo á la cabeza; ¡satisfecho!... sí, y quiero que tú tambien lo estés; sal de aquí y que nunca vuelva á ver yo tu cara de perro.

— ¿No teneis la intencion de echarme de vuestra casa?... le pregunté tartamudeando.

— Ahora mismo; levanta el campo con armas y bagajes. Si permaneces un minuto mas, voy á buscar á la policía.

Y me señalaba la puerta.

— ¿Pero á dónde puedo ir yo?

— A pedir limosna, me respondió, á menos que no prefieras humillarte con tu tío Morbus.... ¡vete al diablo!...

Y al hablar así abrió la puerta, empujó con el pié mi maleta hasta el vestíbulo, me arrojó á golpes á la calle, echó la maleta detrás de mí, y cuando me quise volver me dió con la puerta en las narices.

Me encontré pues solo en la calle á las doce de la noche.

Me fuí á dormir á un café. Tenia algunos chelines en el bolsillo, y en la mañana siguiente tomé una guardilla en el fondo de una callejuela entre Gray's-Inn y Leather-Lane, barrio de Holborn, mediante cuatro chelines por semana.

Esta callejuela era un hormiguero de chiquillos sucios cubiertos de harapos; cuando abrí la ventana de mi guardilla no pude distinguir mas que una estrecha banda del cielo con un caos de negras chimeneas, canales y techumbres sucias con el alto campanario de ladrillo de una iglesia que dominaba todo aquello... Jamás pude averiguar dónde estaba el edificio.

Escribí cartas y mas cartas á mis tios y á mi prima sin recibir jamás dos líneas de contestacion. Todo el día andaba yo errante por las calles haciendo mis comidas con panecillos de un penique y carnes fiambres. Antes de anochecer me iba á la cama é invocaba las tinieblas; y una vez que llegaban las tinieblas, deseaba con igual afán la luz del día.

No conocia á nadie á quien dirigirme para obtener una colocacion, y la casa que habitaba estaba llena de refugiados extranjeros y de titiriteros, de cuya jerigonza no comprendia una palabra. Mi corto peculio se agotó poco á poco, y al cabo de diez dias mi espíritu estaba suficientemente predisposto para el suicidio.

Esta predisposicion no se adquiere sino gradualmente. Es preciso verse aislado en una ciudad populosa, sin un amigo, sin un cuarto, despues de haber vendido hasta el último trapo al ropavejero... Entonces se viene á sentir esa inclinacion fatal que los jueces de instruccion y los jurados llaman insanidad temporal.

(Se continuará.)

Regatas de Tolon el 3 de agosto.

Las regatas que han tenido lugar en Tolon el dia 3 de agosto en la bahia del fuerte San Luis, han sido de las mas brillantes. Componianse de carreras á la vela para las canoas de aficionados, del Estado y del comercio, y para los barcos pescadores y de bateleros, y de carreras á remo para canoas del Estado, yolas, balleneros y guigues. El premio de honor era de 800 francos.

M. Bravet, alcalde de Tolon, y M. Calvy, primer adjunto, hacian los honores de esta magnifica fiesta; entre los espectadores se contaban el prefecto del Var, el prefecto marítimo, el general comandante de la subdivision, el subprefecto y otras notabilidades.

Favorecidas por una buena brisa y un tiempo soberbio, las carreras agradaron vivamente á la compacta muchedumbre que se apiñaba en la ribera y que cubria las embarcaciones de todo género: los forasteros no se cansaban de admirar el inmenso panorama que se extendia á su vista. Principiadas á eso de las dos, las carreras se terminaron á las cuatro y media. Por la noche, á poco mas de las ocho, se continuaba la fiesta con la proclamacion de los premios, que se hizo desde lo alto del gran balcón de las casas consistoriales. Los nombres de los laureados eran aclamados por la multitud, y cuando se anunció que la canoa del emperador habia ganado el primer premio de las canoas del Estado, los espectadores respondieron con vitores repetidos á S. M.

Por fin, en el gran salon de la casa de ayuntamiento hubo una reunion presidida por el alcalde. Allí se encontraban el consejo municipal, las autoridades, la comision del jurado, los dueños de las embarcaciones extranjeras, los laureados y un crecido número de elegantes señoras.

Premiados: *Zephir*, de Marsella; *Rosita* (id.); canoa del *Fleurus*; *Saint-Antoine*, de Marsella; *Victoire*, de la Ciotat; *Saint-François*, de Tolon; *Deux-Freres* (id.); canoa del emperador; *Serpent*, de Marsella; ballenero del comisario de presidios; ballenera del director del puerto; *Saint-Jean*, de Tolon; *Saint-Clair*, de Lanandon.

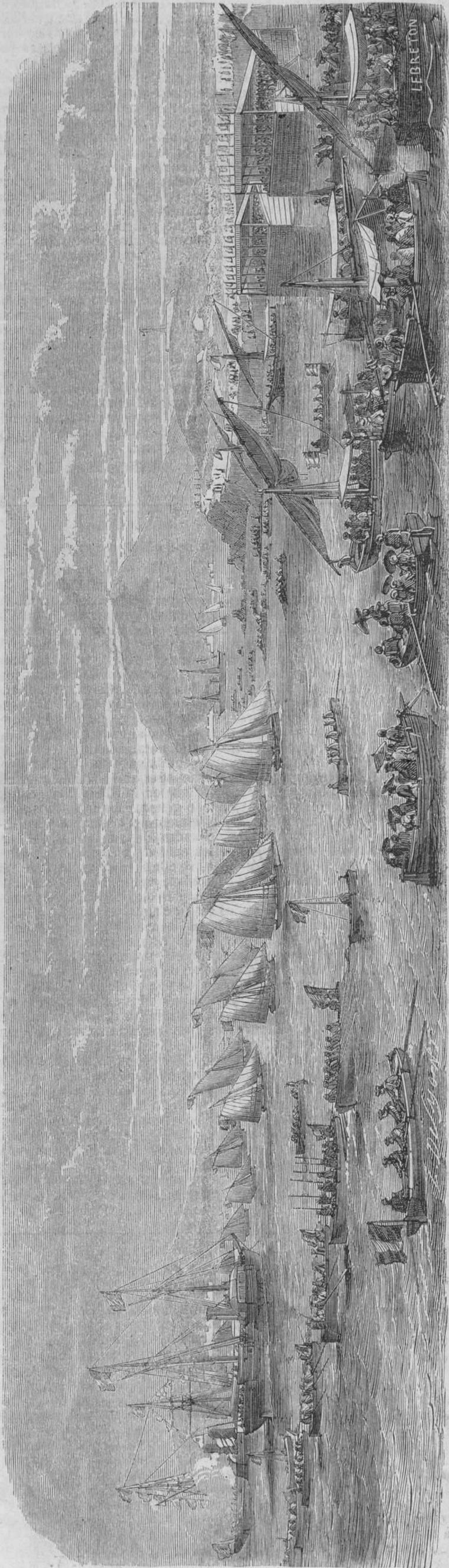
En lo sucesivo las regatas de Tolon figurarán entre las primeras de Francia; y gracias al concurso de la marina imperial, serán superiores á todas las demás por el número de los competidores.

H. C.

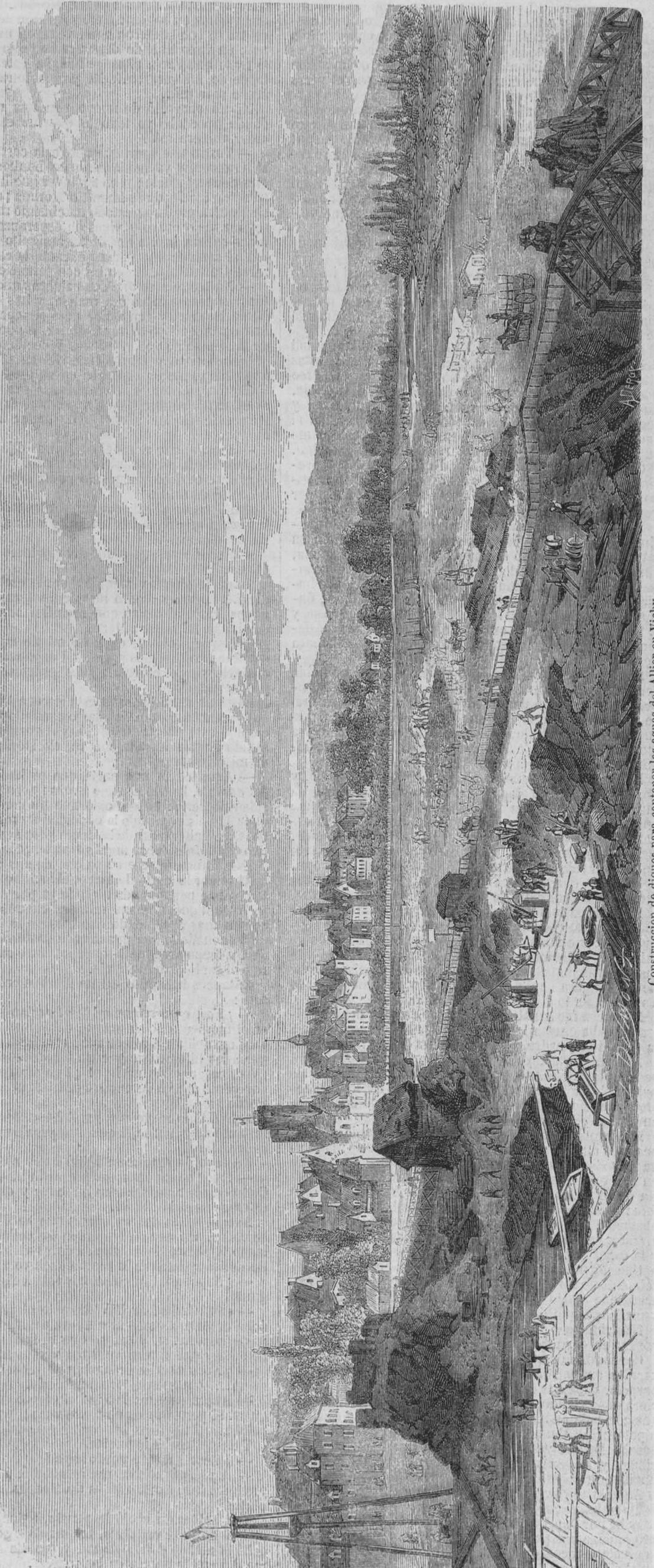
Los diques del Allier en Vichy.

Las obras que se están haciendo en Vichy para contener las aguas del Allier, se comenzaron en 1861 y se hallan muy adelantadas en el dia. El Allier, que tiene su cauce casi seco una gran parte del año, se extiende en el momento de las crecidas sobre una superficie considerable, convirtiéndose en un torrente furioso que produce terribles inundaciones. Delante de Vichy los nuevos diques no solo protegen ya contra las inundaciones del río á la primera ciudad termal de la Francia, sino que han robado al cauce del Allier un terreno de unas once hectareas sobre la orilla derecha, terreno que acaba de ser transformado en un bonito parque en cumplimiento del decreto de 27 de julio de 1861. Este parque, trazado y plantado actualmente, comunicara por nuevos boulevares con el antiguo, demasiado reducido hoy para el crecido número de personas que van de temporada á Vichy, y que pasan de 20.000 este año.

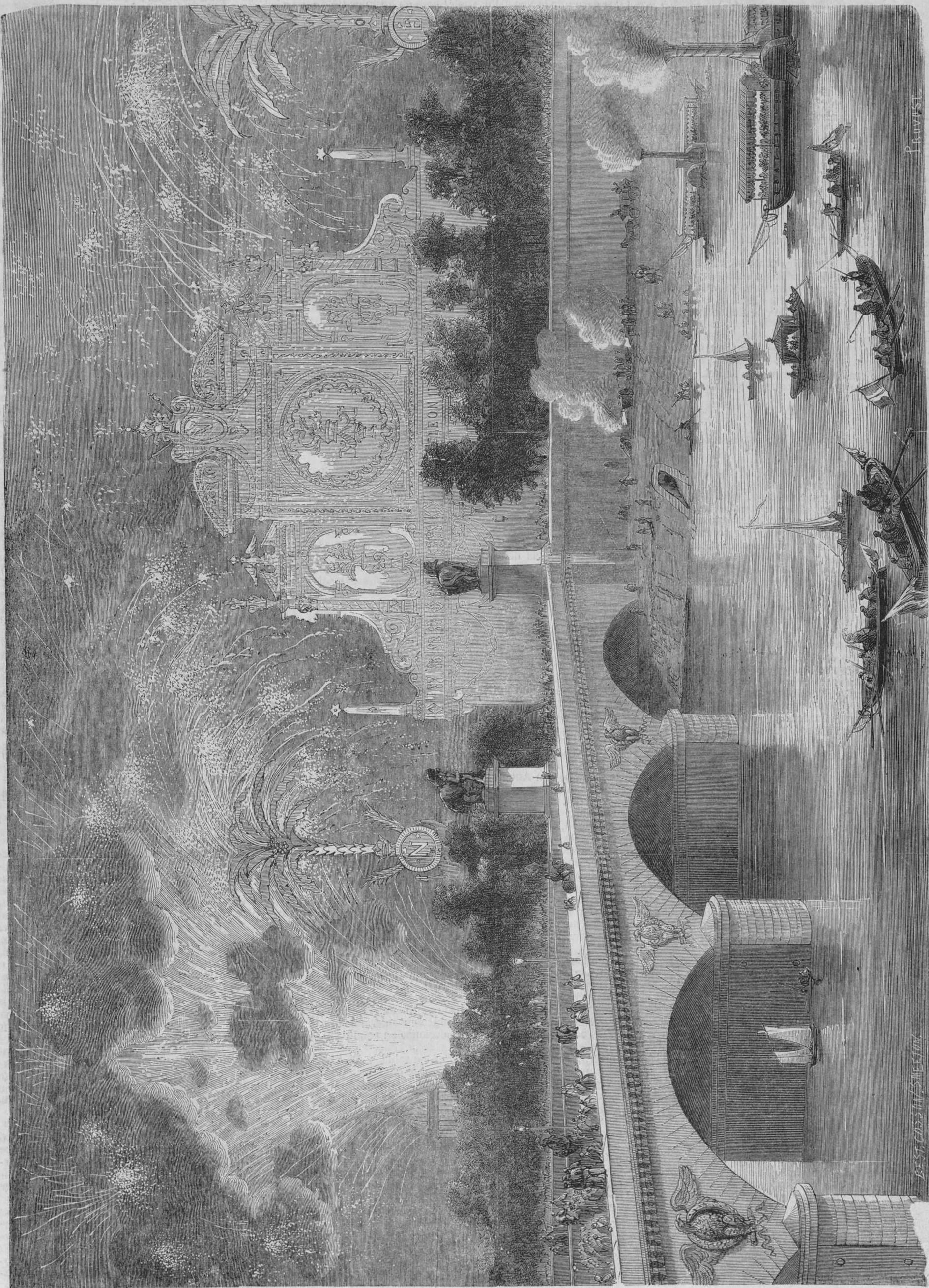
J. V.



Regatas de Tolon del 3 de agosto.



Construcción de diques para contener las aguas del Allier en Vichy.



Fueros artificiales del 15 de agosto, formados por los dibujos de los señores Lefuel y Galand. — (Véase la Revista de Paris.)

El estilo es el hombre.

CUENTO POPULAR

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

(Conclusion.)

— ¿Y quién te lo ha dicho?
 — La horita á que vienes.
 — Pues si vengo ahora de la dehesa de Sacedon, que está una legua.
 — ¿Y vuelves mañana?
 — Antes de amanecer ya estoy andando.
 — ¿Y hoy fuiste muy temprano?
 — Con estrellas llegué allá.
 — ¿Y porqué trabajas tanto?
 — Toma, ya ves, mi padre es viejo, y el año pasado se empeñó en seis mil reales para librarme de coger el chopo. Si uno que es mozo y tiene obligacion, no trabaja de firme, ¿quién ha de trabajar?
 — Tienes razon.
 — La que no debia trabajar tanto eres tú, que andas como una azacana todó el santísimo dia.
 — Mi madre no está ya para nada, y si una no atiende á todo, ya ves tú cómo andarà la casa.
 — Es verdad; pero me duele que siendo tan guapa y tan...
 — ¡Anda, burlon!
 — ¡Sí, burlon! Rosa te llaman, pero ¡canario! el cura que te lo puso no era tonto.
 — Menos lo era el que te puso á tí, Angel.
 — El mismo cura fué. Lo que yo quiero es que nos ponga pronto otra cosa.
 — ¿Y qué nos ha de poner?
 — El yugo.
 — ¡Ay, qué vergüenza ese dia!
 — Pues, chica, pronto va á llegar.
 — ¿De veras?
 — Hola, hola, ¿con que te alegras?
 — Yo por estar siempre á tu lado.
 — Y yo por estar siempre al tuyo.
 — Anda, embusteron, que á ti poco te importa eso.
 — Mira, Rosa, ni en broma me digas que no te quiero. Aquí me caiga muerto si no te quiero mas que á mi vida. En el campo, en el pueblo, en casa, de dia, de noche, en todas partes y á todas horas estoy pensando en tí.
 — ¿Y es de veras eso? preguntó amorosamente la muchacha.
 — ¿Que si es de veras? contestó el muchacho con voz que revelaba emocion en su corazon y lágrimas en sus ojos. Mira, que el amor de Dios y el tuyo me falten, si no es verdad lo que te digo.
 — Pues lo mismo, lo mismo te quiero yo.
 — Anoche me desperté llorando de rabia, porque soñé que Juan había vuelto á darte música.
 — Pues te engañó el sueño, porque Juan no ha vuelto ni volverá.
 — Aunque es un cobardote y yo le dije en la plaza, delante de todos los mozos, que si volvía le habia de costar cara la fiesta, no las tengo todas conmigo.
 — Pues debes tenerlas, porque si no me deja en paz porque tú le amenazaste, me dejará porque yo le dije elarito que no le queria, porque es muy bruto y porque te quiero á tí.
 — Bendita sea la madre que te parió...
 — La madre que me parió me está gritando ya desde la cama que basta de conversacion. Con que, adios. Toma y que vuelvas mañana.
 La muchacha tiró una rosa, que sin duda se quitó del pelo, y que el muchacho cogió en el aire, pues vi su mano agitarse por cima de la tapia, como si cazara moscas al vuelo.
 El balconcito y el callejon estaban un momento despues silenciosos y desiertos. Yo permaneci aun largo rato en el huerto. Lo que mi cabeza pensaba y lo que mi corazon sentia ante el amor de aquellos corazones, y ante la majestad de aquella noche y en aquella atmósfera perfumada, no lo pueden decir labios ni lo pueden describir plumas. »

III.

El guardia volvió á interrumpir la lectura para decirme:
 — ¿Sabe Vd. que me van interesando estos muchachos?
 — Lo que yo desé, le repliqué, es que le interese á usted este otro.
 El guardia continuó:
 «Apenas el canto de los pajarillos me anunció á la mañana siguiente que rayaba el alba, me levanté y salí al huerto.
 La mañana era deliciosísima. El huerto no me pareció tan hermoso y tan poético como me habia parecido visto á la luz de la luna; pero aun así me enamoraba, porque abundaban en él las flores y los árboles cargados de fruta y las sombrías enramadas.
 Aspirando el olor de las flores, gustando las frutas y mirando hácia el balconcillo de la casa contigua por ver si veía asomar por él á Rosa, pasé una hora que se me hizo un minuto.
 No sé porqué tenia viva curiosidad de ver á aquella

muchacha que tan hermosa me habia parecido cuando no la veía. »

El guardia se sonrió maliciosamente como repitiendo: ¡si digo que le veo á Vd. venir! pero un gesto de impaciencia mio le hizo continuar:

«Cuando yo estaba mas embelesado en la contemplacion del jardin, entró en este Juan con una carta en la mano.

— Buenos dias, don Antonio.
 — Buenos dias, Juan.
 — ¿Qué tal, se ha descansado?
 — Perfectamente. ¿Y tú?
 — Yo, *dende* que eché al jinojo á la Rosa, duermo como un marrano. Y hago bien, canario. El que se da malos ratos por las mujeres, es un tonto, que todas son unas tales...
 — Todas no, Juan.
 — Todas, todas.
 — ¿Tambien tu madre?
 — ¡Mira qué salida! Mi madre no es mujer.
 — ¿Pues qué es?
 — ¡Toma! esa es mi madre.

Esta contestacion me reconcilió un poco con Juan, que si generalmente carecia de instintos delicados, no carecia de los del amor filial.

— ¿Sabes que vuestro jardinito es una joya?
 — Eso dice mi madre; pero á mí mejor joya me pareciera media docenita de onzas que se podian sacar de él vendiéndole.

— Con ningun dinero se pagan estas flores y estos árboles cargados de fruta...
 — *Tiniendo* dinero hay á manta flores y fruta en la plaza.

No repliqué á Juan, porque me pareció inútil explicar la teoria de lo bello y lo delicado á quien no lo habia de comprender.

— ¡Ah! que ya se me olvidaba, dijo Juan dándome la carta que traia en la mano. Tome Vd. esta carta de Madrid, que es para Vd.

Iba yo á abrir la carta, cuando se abrió el balconcito de la casa contigua y se asomó á él Rosa, que al dirigir la vista al jardin se puso tan colorada como sus tocayas, no sé si porque vió á un desconocido, que era yo, ó porque vió á un conocido, que era Juan, y se apresuró á volverse dentro.

Rosa era tan linda vista á la luz del sol, como vista á la luz del corazon: rubia, blanca, sonrosada, de ojos azules, de fisonomia dulce y expresiva, parecia mas bien una de esas delicadas flores que brotan tímidamente bajo las hayas y los abetos del setentrion, que una de esas flores lozanas que desafian á los rayos del sol bajo las palmas y los olivos del Mediodia.

— ¡Haces bien en quitarte del medio, hija de una cabra! exclamó Juan al verla desaparecer del balcon.

— Hombre, ¿porqué tienes tan mala voluntad á esa pobre chica?

— Porque ha hecho la *marranada* de darme calabazas.

— Harias tú mérito para ello.

— No, señor, que me las dió porque no me gustan monadas como á ella.

— ¿Y qué monadas son esas?

— Toma, esas cosas de novela que le gustan á ella, la tonta. Las *presonas* han de ser naturales.

— Pero es que las personas de novela, naturales son tambien, si las novelas no son malas.

— En fin, don Antonio, para que vea Vd. que no podemos hacer buenas migas esa chica y yo, le he de enseñar á Vd. una carta que me escribió un dia y lo que yo le contesté.

— Bueno, bueno; pero antes voy á ver lo que me dicen en esta otra.

— Corriente. Mientras tanto voy á ver si encuentro la que ella me escribió y la copia de la que yo le puse, que quiero que Vd. las vea.

Juan me dejó solo en el jardin.

La carta que me habia entregado era del editor de un periódico literario de Madrid, que me pedia con la mayor urgencia un cuentecillo inédito.

Como casi todos mis cuentos se han escrito con la urgencia con que escribo este, urgencia de que Dios libre á los que escriba en lo sucesivo, no me pareció imposible satisfacer los deseos del editor, y me puse á pensar el cuento que habia de empezar inmediatamente.

Juan vino á interrumpir mi meditacion trayendo unos papeles en la mano. Iba á decirle que me dejara en paz por algunos instantes, pero no lo hice considerando que tal vez aquellos papeles me proporcionarian asunto para el cuento que se me pedia.

— Aquí tiene Vd. los *documentos* consabidos. Esta es la carta de esa mona. Léala Vd., que le dará mas sentido que yo.

La carta de Rosa, falta de ortografía, pero escrita en letra redonda y poquisimo rasgueada, y en papel aunque no muy fino, muy blanco y sin adorno ninguno, empezaba así:

«Juan: no vuelvo á salir al balcon si al darme música desde tu jardin cantas coplas malas.»

— ¿Y qué coplas eran las que tú cantabas, que le parecian malas á Rosa?

— ¡Je, je, je! me contestó Juan riendo brutalmente. Coplas con mas sal y mas gracia que el mundo. Unas hablando mal de las mujeres, como esta:

Si la mar fuera de tinta,
 Y el cielo fuera papel,
 Y los peces escribanos
 Y escribieran á dos manos,

No escribieran en cien años
 La maldad de una mujer.

Y otras picantillas como aquella que dice:

Una niña fué á lavar
 Un par de medias azules...

— ¡Basta, basta! interrumpí á Juan, y continué la lectura de la carta de Rosa.

«Esta mañana he encontrado rota la jaula que dejé anoche colgada en el balcon, y muerto el pobrecito canario que estaba en ella, y hecho pedazos el tiesto de claveles que estaba debajo de la jaula. Tú me dijiste el otro dia que en cuanto te casaras conmigo, los claveles iban á ir á la calle y el canario al gato, y por eso presumo que eres tú quien ha hecho el destrozo á pedradas. Mira, si supiera de cierto que eras tú, no volvía á mirarte á la cara, que el que lo ha hecho debe tener muy mal corazon.»

El guardia volvió á interrumpirse:
 — Dicen que el estilo es el hombre; pero tambien se puede decir que el estilo es la mujer.

— ¿Porqué?
 — Toma, por lo bien retratada que está Rosa en esta carta.

— Pues qué, ¿conoce Vd. á Rosa?
 — La conozco por su conversacion con Angel que usted ha copiado aquí.

Decir á un escritor de costumbres que copia conversaciones es echarle un gran pipopo.

La vanidad me impidió esta vez incomodarme por la interrupcion del guardia.

El guardia continuó:
 — «¿Y fuiste tú, pregunté á Juan, quien hizo aquel destrozo?»

— Ya lo creo que fui. Mire Vd., don Antonio: así que calculé que la Rosa y su madre estaban ya en lo caliente, cojo un par de cantos, y *dende* aquí *mesmo*, *capitulum*, del primer cantazo aplasto pájaro y jaula, y del segundo tiesto y claveles se fueron al jinojo.»

— Hombre, dijo el guardia interrumpiendo nuevamente la lectura, quisiera que me trasladasen al puesto de Navalearnero para atar corto á ese mozo.

— Ya está atado.

— ¿Cómo?
 — Síga Vd. leyendo y lo sabrá.

El guardia siguió leyendo.

— «¿Y porqué hiciste tal barbaridad?»

— Toma, porque ya le digo á Vd. que me cargan esas monadas de pájaros y flores que le gustan tanto á la Rosa.

— Y á tu padre le gustaban tambien como nos gustan á tu madre y á mí.

— Pues mire Vd., don Antonio, y Vd. ha de perdonar, yo soy muy natural...

— Tambien son naturales las flores y los pájaros.

— Cá, hombre, si esas son cosas de novela.

— Este mozo, dije para mí, va á pegar un estallido de puro bruto.

La carta de Rosa contenia algunas líneas mas en que la pobre niña se quejaba con deliciosa sencillez de otras barbaridades de Juan.

— Vamos á ver, dije á este, ¿qué contestaste tú á esta carta?

— Aquí tiene Vd. la contestacion, que como me salió tan bien puesta, me quedé con una copia igualita en un todo á la carta que le envié á la Rosa.

La carta de Juan estaba escrita en papel de color de rosa, ó mas bien en papel carmesí rabioso, tenia orla con corazones traspasados por flechas, y amorcillos, y la letra se perdía en un laberinto de ringorangos. Juan se expresaba en estos términos:

«Mi mas querida y estimada Rosa: me alegraré que al recibo de estas cortas letras te halles con la cabal salud que yo para mí deseo: la mia es buena para lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad. Esta solo se dirige para decirte que me da la gana cantar coplas hablando mal de vosotras las mujeres, porque todas sois unas... (Juan me dijo de viva voz la insolencia que no se habia atrevido á estampar en la carta, y habia suplido con puntos suspensivos). Yo fui quien anoche de dos cantazos te mató el pájaro y te rompí el tiesto de claveles, y *dende* ahora te digo *pa* que no te coja de susto, que cuando nos casemos te he de romper la cabeza como anoche rompí el tiesto y la jaula, si andas con esas monadas, que ya sabes que yo soy muy natural. Si me quieres así, bueno, y si no lo dejas, que yo tengo á porrillo mozas mas guapas que tú con quien hablar. Con que adios, que nos vamos otros y yo al ventorrillo del puente, á ponernos de jamon y vino hasta que lo alcancemos con el *deo*, que eso es lo positivo, y lo demás es tonterías de novelas. Con esto no canso mas. Manda cuanto gustes á tu querido amante — JUAN PANTOJA.»

Nueva interrupcion del guardia civil:

— ¿Ve Vd., don Antonio (si el guardia añade á mi nombre mi apellido, grito: «sean Vds. testigos de que este guardia reconoce que soy Fulano de Tal») ve usted como tengo razon en decir que el estilo es el hombre? ¿Habrá quien pueda decir que en el estilo de esta carta no está retratado el zamarro que la ha escrito?»

Como el zamarro que la habia escrito era yo, hice un gesto de condenado, y el guardia siguió adelante creyendo que aquel gesto era de disgusto por su nueva interrupcion.

— «¡Je, je, je! ¿verdad que está bien puesta la cartita esa? me preguntó Juan cuando acabé de leer aquella brutal epistola.

— «¡Je, je, je! ¿verdad que está bien puesta la cartita esa? me preguntó Juan cuando acabé de leer aquella brutal epistola.

— «¡Je, je, je! ¿verdad que está bien puesta la cartita esa? me preguntó Juan cuando acabé de leer aquella brutal epistola.

— «¡Je, je, je! ¿verdad que está bien puesta la cartita esa? me preguntó Juan cuando acabé de leer aquella brutal epistola.

— «¡Je, je, je! ¿verdad que está bien puesta la cartita esa? me preguntó Juan cuando acabé de leer aquella brutal epistola.

— «¡Je, je, je! ¿verdad que está bien puesta la cartita esa? me preguntó Juan cuando acabé de leer aquella brutal epistola.

— «¡Je, je, je! ¿verdad que está bien puesta la cartita esa? me preguntó Juan cuando acabé de leer aquella brutal epistola.

Quise poner de vuelta y media al pedazo de animal que la había escrito (¡pues ya lo iba yo componiendo!) pero consideré que si predicar á malos puede hacer arrepentidos, predicar á brutos solo puede hacer enemigos, y lo único que procuré fué alejar á Juan para que me dejase idear el cuento que al día siguiente me era indispensable enviar á Madrid.

IV.

Al anochecer de aquel mismo día tenía yo completamente trazado en la imaginación el cuento que iba á escribir. El cuento se había de titular *Los dos rivales*, había de pasar en Navacarneiro mismo; la heroína se había de llamar Rosa, el amante afortunado Angel, y el amante desdeñado Juan.

Para que haya verdad en las obras del arte, conviene tomar por modelo á la naturaleza é imitarla hasta donde las prescripciones del arte lo permitan. Sabiendo que esta es mi opinión, se comprenderá porqué había yo adoptado para mi cuento la localidad y los nombres que de jo consignados.

Mientras la señora Claudia preparaba la cena y venía Juan á casa, salí á dar una vuelta por la villa, aprovechando aquel paseo para acabar de redondear en mi imaginación el plan del cuento.

Al pasar por una callejuela oscura, ví á Juan al pié de una reja, y me pareció que estaba como receloso y sobresaltado, pues con frecuencia volvía la cara, como temiendo que alguien le viese allí ó alguien fuera á disputarle aquel puesto.

Cuando volví á casa despues de recorrer el pueblo, encontré ya en la puerta á Juan que acababa de llegar.

—Hola, Juan, le dije, se viene de pelar la pava, ¿no es verdad?

—¡Je, je, je, cá, no señor!

—Si te he visto yo muy pegadito á una reja...

—¿De veras me ha visto Vd.?

—¡Vaya si te he visto!

—¡Buen lance hubiera sido que me hubiera visto otro!...

—¡Juan, no seas calavera!...

—Qué quiere Vd., don Antonio, por una buena chica algo se ha de arriesgar.

—Pero qué, ¿hay riesgo en hablar con la de la callejuela?

—¡Canario si hay!

Juan se acercó á mí y añadió en voz baja:

—La chicha con quien me ha visto Vd. hablando tiene un novio que le pega una puñalada al lucero del alba. Como que el tal ha estado ya en presidio por una muerte que hizo en Brunete.

—Pues entonces, ¿porqué hablas tú con su novia?

—Porque ¡canario! es una chica que si Vd. la viera... hombre, se quedaba Vd. lelo.

—Buena alhaja será cuando tiene relaciones con un licenciado de presidio, y además gasta conversacion con otro mozo.

—Toma, porque es mujer para todo. Mas natural y mas... Lo mismo le da á ella beberse una azumbre de vino y comerse medio cabrito, que á Vds., los señoritos, tomarse una jicara de chocolate.

—¡Juan, por Dios, no tengas relaciones con esas mujeres!

—Pero, hombre, si á mí me gustan las que son así, naturalotas...

La señora Claudia interrumpió nuestra conversacion, avisándonos que ya estaba la cena en la mesa.

Cenamos, y en seguida me retiré á mi cuarto á escribir, despues de echarme al cuerpo una taza de café, que es con lo que obsequio á mis nervios cuando necesito su colaboracion.

Mis pobres nervios se portaron aquella noche, pues cuando los vecinos de Navacarneiro contaban las cinco de la mañana, yo contaba las últimas aventuras de *Los dos rivales*.

Poco despues de amanecer, Juan notó que yo estaba levantado y entró en mi cuarto.

—¡Hola, hola, cómo se madruga!

—Como que no me he acostado esta noche...

—¡Qué! ¿anda Vd. con prisas?

—Sí.

—Eso tenemos de malo los que escribimos, que unas veces mucha prisa, y otras... A ver, á ver, qué tal escribe Vd....

Juan examinó las cuartillas manuscritas que tenía yo sobre la mesa, é hizo un gesto desdeñoso.

—¡Qué! ¿no te gusta mi letra?

—Usted ha de perdonar, don Antonio, que yo soy muy natural. Por debajo de la pata escribo yo mejor que Vd., á pesar de que Vd. anda siempre entre libretos.

—Tienes razon, que tengo muy mala letra.

—Y entonces, canario, ¿de qué le sirven á Vd. los estudios? Bien digo yo que las cosas han de ser naturales.

En aquel instante me ocurrió que Juan, á pesar de ser tan bruto, me podía ser muy útil.

Siempre había dado yo á la imprenta el original de mis cuentos sin quedarme con copia alguna. A esta falta de precaucion debia el haberseme perdido uno, que con el título de *Puerta cerrada* entregué á un editor, y á este se le extravió, con detrimento de sus intereses, pero con mayor detrimento de los del autor, que no consisten, como los del editor, en un puñado de duros mas ó menos.

Esta pérdida me hizo tomar la precaucion de quedar-

me con copia de mis escritos, y me ocurrió que Juan podía ir copiando el cuento que yo escribía, para no perder tiempo.

—Mira, Juan, le dije, ve copiando estas cuartillas mientras yo escribo las que faltan.

—Corriente, me contestó Juan muy satisfecho con aquella prueba de confianza que le proporcionaba ocasion de darme una leccioncita caligráfica. Ya verá usted como los paletos *semos* mejores escritores que los *madriliegos*, á pesar de que Vds. se tienen por unos sábelotodo.

Regalé á Juan un cigarro puro, del que picó para uno de papel, le dí papel fino para que abultase poco la carta en que había de ir á Madrid la copia del cuento, y Juan puso manos á la obra, siguiendo con los movimientos de su boca los formidables rasgos y floreos de su pluma.

Cuando ví que separaba la primera cuartilla copiada, fui á examinarla y me encontré con que estaba llena de desatinos.

—Juan, esto no puede pasar.

—¿Y porqué?

—Porque en cada renglon hay diez disparates.

—Los disparates serán de Vd., que no míos, me replicó Juan muy picado.

—Justo, porque mi letra se lee muy mal.

—*Velay usted*, porqué digo yo que de qué les sirven á Vds. los señores los estudios...

—Nada, nada, déjalo Juan, y no escribas.

Y fui á rasgar la cuartilla copiada por Juan.

—Demonehe, ¿qué va Vd. á hacer? exclamó Juan arrebatándomela de las manos.

—A rasgarla, porque no sirve.

—¿Cómo que no sirve? Este papel es muy rico para cigarros. Con la escritura están los cigarros mejor, que así parecen pintados.

Y Juan, haciendo la cuartilla tres dobleces, se la guardó en el bolsillo.

Fáltome tiempo aquel día para sacar copia del cuento, y no queriendo dejar de enviar este inmediatamente á Madrid, ni confiar al correo el único ejemplar, que podía perderse como el de marras, me vine á Madrid para entregárselo yo mismo al editor.

—¡Caramba, qué lástima, cuánto decae aquí el interés de este cuento! dijo el guardia civil. ¡Si al menos dijera Vd. qué fué de Rosa y Angel que eran tan buenos muchachos!

—¡Por Dios, hombre, siga Vd. leyendo, que me tiene Vd. frito con esas interrupciones!

—¡Tenga Vd. calma, hombre, tenga Vd. calma!.....

—Acabe Vd. con mil santos, que tengo el alma en un hilo.

—¿Y porqué?

—¡Otra te pego, Anton!... Siga Vd. leyendo y lo sabrá.

Con esta advertencia dí al cuento, á los ojos del guardia, el interés que iba perdiendo, y el guardia continuó la lectura con mas avidez que antes:

«Mucho tiempo despues de mi viaje á Navacarneiro, recibí una carta de aquella villa. Quien me escribía era la señora Claudia que me decia lo siguiente:

«No sé si habrá Vd. sabido la desgracia de mi pobre hijo. Yo, desde que ocurrió, he estado tan mala y tan trastornada que no he tenido valor ni cabeza para participársela. Mi pobre Juan apareció una noche asesinado de una puñalada, en una callejuela, tres días despues que Vd. se fué, y por un papel que se le encontró en el bolsillo, escrito todo de su letra, y dictado por él mismo, que lo ha conocido el señor juez, pues dice que el estilo es el hombre, y por las declaraciones de otros mozos que oyeron al asesino amenazarle, se sabe que le asesinó Angel, el novio de la Rosa que había sido antes novia de mi hijo. Yo no solo he perdonado al asesino, porque el Señor nos manda perdonar á nuestros mayores enemigos y porque su familia y su novia son muy buenas, sino que daría mi vida por librarle de la muerte á que le han condenado. El jura y perjura que es inocente; pero las pruebas de su delito son tan infalibles, que la audiencia de Madrid ha confirmado la sentencia del juez de aquí, ¡y mañana le ponen en capilla! ¡Ay! ¡don Antonio de mi alma, qué dolor tan grande para todo el pueblo y para su pobre padre y su novia, que se moriran de pena y de vergüenza! Como recuerdo lo que Vd. hizo por nosotros en el consejo provincial, le suplico á Vd. por Maria Santísima que se eche á los piés de la reina, que tiene el alma tan compasiva y tan hermosa, y le pida la salvacion de este infeliz. Decia el papel que se encontró á mi pobre hijo, que no tiene de angel mas que el nombre; pero yo, á pesar de que me avergüenzo de no aborrecer con toda mi alma y todo mi corazon al asesino del hijo de mis entrañas, no puedo aborrecerle del todo. Será porque siempre le quise como á mi propio hijo, ó yo no sé porqué será. El señor cura á quien, creyéndolo un gran pecador, he confesado que no tenía fuerza para aborrecer al que ha derramado mi sangre, me ha dicho que lejos de pesarme, debo dar gracias á Dios por ello, y que tal vez el Señor lo dispone así, para salvar á un inocente. Cuando Vd. reciba esta carta, que no sé si entenderá, pues tengo muy mala letra y la escribo con los ojos ciegos de lagrimas, ya estará Angel en la capilla, ¡y qué angustia, señor, qué angustia tan grande será la de su alma y la de todos los que le queremos! Por Dios haga usted cuanto pueda por salvarle la vida, que se lo pido á Vd. por la gloria de su madre!»

Al guardia se le saltaron las lágrimas al leer esta carta.

—Vea Vd., me dijo, si está retratada en esta carta la

señora Claudia, como la pudiera retratar el mejor fotógrafo. Insisto en que tambien se puede decir que el estilo es la mujer.

Como el guardia leía en alta voz, tambien aquella carta me había conmovido y me había devuelto la agitacion y la impaciencia que me atormentaban cuando el guardia me detuvo.

El guardia, para quien el cuento había adquirido gran interés, se apresuró á continuarle, ansioso de saber si yo había salvado á Angel.

«Yo no necesitaba mas pruebas que esta carta, para saber que Angel era inocente de la muerte de Juan. El papel que la señora Claudia me decia haberse encontrado sobre el cadaver de su hijo, era la primera cuartilla de mi cuento *Los dos rivales*, que Juan se guardó para hacer cigarros; era una página de un diario en que uno de los rivales llamado Juan, como el hijo de la señora Claudia, y como el hijo de la señora Claudia, de lenguaje é inclinaciones vulgares, decia:

«Angel le llaman á mi rival; pero de ángel no tiene mas que el nombre. Me ha amenazado con que me hará y me acontecerá, y tengo que andar con mucho *cuidado*, porque si no, á la vuelta de una esquina me desbandulla.»

El que había asesinado á Juan era el licenciado de presidio, con cuya novia vi hablar á Juan la vispera del asesinato.

No necesitaba pues yo acudir á la inagotable clemencia de la reina para salvar á un inocente, y quizá para hacer que cayera la cuchilla de la ley sobre el cuello de un asesino: me bastaba presentar al juzgado de Navacarneiro un número del periódico en que se publicó uno de mis cuentos y dar una declaracion.

Y tomé apresuradamente el camino de Navacarneiro, seguro de que de mi viaje dependian la vida y la honra de dos familias inocentes y honradas y el castigo de un gran criminal.»

—¿Y llegó Vd. á tiempo? me preguntó el guardia con ansiedad.

—De Vd. depende el que llegue.

—¡Pues corra Vd., corra Vd. sin detenerse, *señor Trueba!* exclamó el guardia empujándome hácia adelante, como si quisiera con el impulso de su voluntad hacerme salvar las dos leguas de camino que me faltaban.

—Déme Vd. el cuento, le dije.

—Cuando Vd. vuelva le daré una copia, que el original tiene que quedarse aquí como comprobante de que es Vd. quien es.

V.

En efecto, cuando llegué á Navacarneiro, Angel estaba en capilla y todo el pueblo consternado.

Lo primero que hice fué aliviar la angustia del pobre sentenciado, asegurándole que tenía confianza en su salvacion.

Con el periódico en que se había publicado con mi firma, tres días antes del asesinato, el escrito que se encontró al asesinado, destruí una de las pruebas que mas comprometian á Angel.

Con mi declaracion de lo que Juan me había revelado, hice que se prendiera al verdadero asesino que confesó de plano su crimen.

Angel fué puesto inmediatamente en libertad, y yo accedí á permanecer una temporada en Navacarneiro, donde era objeto de las mayores atenciones y obsequios.

La señora Claudia tenía un hijo y un protector en cada vecino, y particularmente en Angel y en Rosa; pero la pobre estaba muy triste, porque no podía olvidar á su hijo, y la soledad de su hogar la mataba.

Angel y yo paseábamos un día por la plaza, precisamente la vispera de la boda de Angel con Rosa, á la que por supuesto estaba yo convidado, cuando vimos venir á la señora Claudia corriendo, llorando y gritando como una loca:

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo!... ¡ya tengo hijo!... ¡gracias, Dios mio!... ¡gracias, Virgen santísima!

Angel y yo creimos que había perdido el juicio, y nos apresuramos á correr á su encuentro.

La pobre mujer se arrojó á nuestros brazos, y entonces supimos que el hijo de quien hablaba era Pepe, el que lloraba perdido hacia tantos años. Pepe que acababa de llegar de la Habana casi rico, jóven, hermoso, dispuesto á amparar y hacer dichosa la ancianidad de su madre.

Pocas veces he sido tan feliz como el día que asistí á la boda de Angel y Rosa, por la sencilla razon de que pocas veces he presenciado tanta felicidad como la que presencié aquel día.

Al siguiente tomé el camino de Madrid y me detuve en Móstoles para recoger la copia del cuento que me hizo escribir el guardia civil.

El guardia civil me esperaba con impaciencia, porque deseaba que le contase con todos sus pormenores el resultado de mi viaje á Navacarneiro. Complacido gustoso, porque entonces no me impacientaba y afligia la imagen de un inocente próximo á espirar en un afrentoso patíbulo.

—¿Y qué va Vd. á hacer de ese cuento, que tanto empeño tiene en recogerle? me preguntó al darme la copia que me tenía preparada.

—Voy, le contesté, á convertirle en pan.

—¿Es decir, en dinero?

—Sí, señor.

— Hombre, me ocurre una cosa (y Vd. perdona si es una tontería, pues de ningún modo trato de ofender á usted); Vds. los que necesitan sentir para crear, venden sus creaciones, y me parece a mí que tiene algo de innoble el vender aquello en que ha tomado parte el alma, aquello que se ha formado con lágrimas de los ojos y latidos del corazón.

— En Francia, repliqué, se suelen vender las lágrimas y los latidos del corazón, y de ello puede responder el mulato Alejandro Dumas, que ha comprado las lágrimas y los latidos con que se formaron muchas de las creaciones que han pasado por suyas; pero en España, á Dios gracias, no sucede hasta ahora eso, porque el autor conserva latidos y lágrimas al pié de su creación en una cajita que tiene la forma siguiente :

ANTONIO DE TRUEBA.

Fragmentos de un viaje de M. C. Weinschenk

AL JAPON, AL AMOR Y AL KAMTSCHATKA.

Hakodade, octubre de 1860.

... Con mucha curiosidad llegué á Hakodade. Mi amigo improvisado de Yedo me habia contado muchas cosas sobre la isla de Jeso que excitaron mi interés; en Yedo encontré una población suave, civilizada, y de costumbres que tienen muchos puntos de analogía con las costumbres francesas; se ha llamado á los polacos los franceses del Norte,



Un oficial japonés y su hijo.

y á mi juicio, los japoneses son los franceses de la China. Nadie ignora que el estudio de la lengua china es muy difícil para los europeos en general, y para los franceses en particular; ahora bien, al cabo de un mes que yo pasé en Yedo hablaba el japonés con bastante soltura. Kukeskaia me habia advertido que en Hakodade hallaria una población muy diferente, de modo que esperaba tropezar con muchas dificultades, y esta perspectiva, aunque picaba mi curiosidad, no me tenia con ánimo tranquilo. Sin embargo, realicé el viaje.

Una estrecha embocadura da entrada á la bahía de Hakodade. Esta bahía es espaciosa y presentaba á mi llegada uno de los espectáculos mas interesantes que me habia sido dado contemplar hasta entonces. Se hallaba enteramente cubierta de barcos pescadores del Japon, lo que la daba un aspecto de animación inusitado. Formando contraste con este movimiento se distinguía en el fondo la ciudad silenciosa y como dormida en el declive de una cuesta. En su cumbre se destaca sobre un cielo gris un fuertecillo que sirve de legación á la Rusia; y mas abajo se encuentran agrupadas las casas japonesas, de madera por lo comun, pero de un aspecto aseado que no tienen las habitaciones chinas. Lo que constituye á darlas una fisonomía singular á los ojos de un europeo, es la gran cantidad de gruesas piedras que ponen sobre los tejados para impedir que las latas delgadas que los forman sean arrancadas por las ventoleras muy frecuentes en aquellos sitios.

El primer día que pasé en Hakodade trascurrió sin accidente, aunque no sin recelos por mi parte; siguiendo el consejo de Kukeskaia y de los oficiales del buque, no habia yo perdido de vista mi



Mujeres japonesas (Yedo).



Oficial (yakunine) castigado.



Mujeres japonesas (Yedo).

revolver, pero nada justificaba temor. Un hecho que no me habian señalado quizá para no gastar mis impresiones, despertó vivamente mi curiosidad. Encontré dos ó tres veces en las calles unos personajes estrambóticos; estos seres medio desnudos, vestidos únicamente con una chamarreta haraposa, llevan delante una cajita cuadrada y van tocando unos aires lamentables en dos largas flautas que dan eternamente el mismo sonido. Habria podido tomarles por mendigos, si una parte de su traje no me hubiera hecho rechazar completamente esta suposición: esos hombres llevan en la cabeza un casco de mimbre que no sé comparar sino con las tapas de las colmenas europeas: dos agujeros no mas tiene este casco que les cubre el rostro y que deben usar hasta el día de su muerte. Me dijeron que



Un beto.

EJERCITO JAPONES.

Soldado.

Oficial.

estos personajes eran oficiales condenados á la deportación por el taikoun (emperador). Para que comprenda el lector la esencia de los crímenes que pueden producir tan terrible castigo, preciso es echar una ojeada retrospectiva y decir algunas palabras sobre la organización militar del Japon.

El Japon se halla dividido en provincias mandadas por principes sometidos á la autoridad omnimoda del taikoun, y que se reúnen con él todos los años para tomar las decisiones útiles al gobierno del imperio: cada uno de estos principes tiene bajo sus órdenes un ejército. Nada mas extraño á primera vista que el traje de los altos oficiales. Imagínese el lector un caballero de la edad media disfrazado así para el carnaval: el casco de una forma extraña, terrible si no fuera grotesca,

deja caer por todas partes enormes crines, y una señal distintiva bordada en la espalda designa el cuerpo de ejército á que pertenece el oficial. Los soldados llevan un leviton ceñido al talle con un cinturón flojo, y en la cabeza una gorra que parece una cazuela vuelta del revés. Todos van armados con fusil y sable, y únicamente los oficiales usan dos sables de tamaño desigual; uno, el mayor, destinado especialmente á la defensa personal y á la venganza de las injurias, y el otro, que pertenece al emperador y no debe ser desenvainado sino para él y por su orden. Finalmente, ésta ojeada retrospectiva sobre la organizacion militar del Japon no sería completa si pasáramos en silencio á los *betos* que sirven de criados y de palafreneros á los *damions* (principes) y á los *yakunines* (oficiales). Los betos son casi todos oriundos de la provincia de Milo en la isla de Nifón, y no hay nada mas bello que esos mocetones vestidos con una simple chaquetilla flotante y un angosto cinturón; todo lo demás del cuerpo, enteramente desnudo, está adornado de pinturas picadas donde se muestra en todo su esplendor la imaginacion japonesa. El servicio que hacen es bastante penoso; que sus amos vayan al paso ó al galope, tienen que seguir siempre á pié la carrera del caballo, y es preciso que siempre se encuentren junto á él.

El puntillo de honor es sumamente riguroso entre los damiones y los yakunines; todo insulto debe vengarse al instante con la muerte del ofensor, y si no el insultado debe vengar su cobardía dándose muerte inmediatamente, pues en el caso contrario le manda el emperador que se castigue por sus propias manos, y el sable pequeño que pertenece al taikoun debe salir de la vaina y clavarse en su poseedor, que es á la vez reo y verdu-



Una calle en Hakodade (Japon).

go. Cuando no se obedece esta orden la cobardía del oficial se considera como irremediable, y entonces le condenan á la deportacion, es decir, al suplicio que hemos descrito mas arriba; sus bienes son confiscados, y su mujer y sus hijos van á parar á una casa de prostitucion.

Pero no es este caso el único en cuya virtud un oficial puede incurrir en semejante pena: la menor infraccion á las órdenes del emperador, aun cuando sea debida á falta de inteligencia, puede motivar igual castigo.

Los japoneses tienen mucho de sus vecinos los chinos, en lo que toca al refinamiento de los suplidos.

Así es que ellos inventaron las jaulas de hierro antes que Luis XI y el cardenal La Balue; la privacion de sueño es otro de los auxiliares mas frecuentes de la venganza imperial.

Pero basta de digresiones, y volvamos á Hakodade.

Las explicaciones que acabamos de dar sobre la organizacion militar del Japon, facilitaran nuestra tarea relativamente á la organizacion civil. Los funcionarios se hallan sometidos á la autoridad del damion, que es á la vez jefe civil y militar, y estan considerados como yakunines. Como estos, llevan dos sables, el uno destinado á su servicio particular y el otro al servicio del emperador; los yakunines civiles pueden incurrir en las mismas desgracias y condenas que los yakunines militares, pero pueden aspirar igualmente á la misma consideracion.

Este orgullo casi militar del funcionario japonés causa grandes dificultades al comercio europeo; en efecto, la aduana está regida por esos yakunines que tienen un poder absoluto sobre las transacciones, y pueden hasta deshacer un trato ya

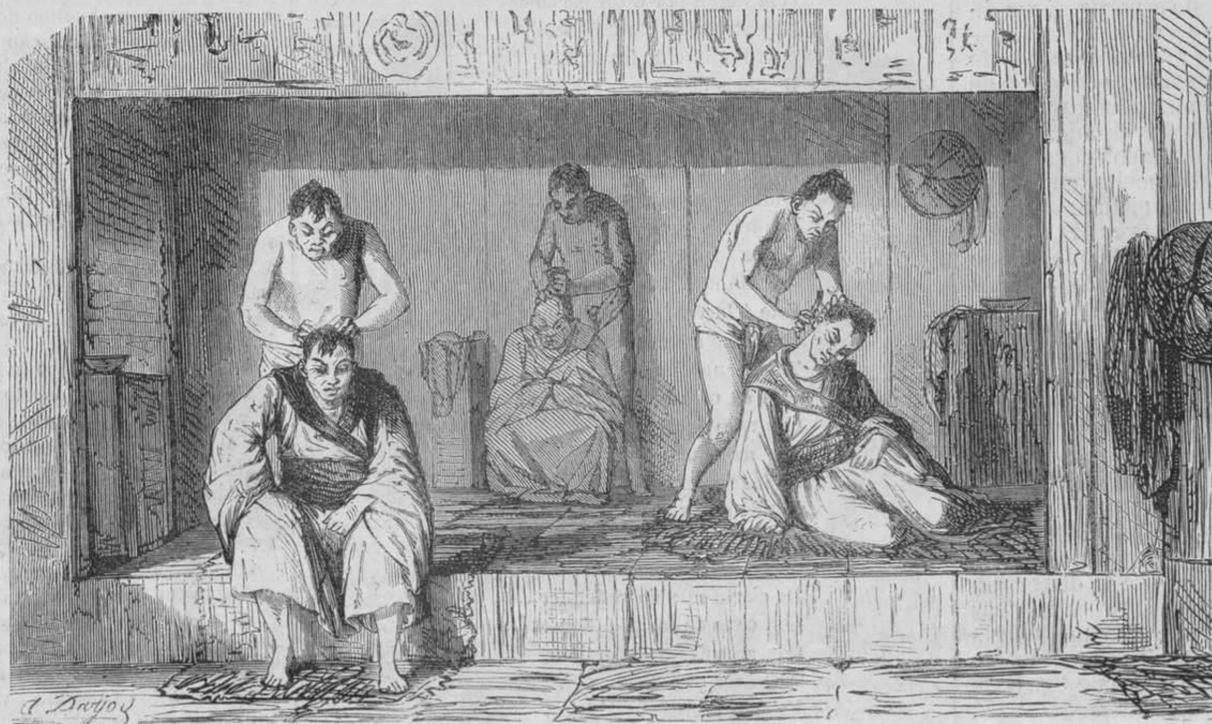


Casa de baños en Yedo.

concluido; añádase á esto, que muy queridos por el populacho, los extranjeros son detestados de la nobleza japonesa en razon directa de esa simpatía de la clase media y de los proletarios, y se comprenderán las dificultades que experimentan los cónsules europeos para hacer ejecutar las cláusulas de los tratados firmados por los plenipotenciarios.

Así sucede que muy luego se cansan de luchar sin cesar contra la inercia ó la evidente mala fe de los yakunines, y esto explica la escasez de relaciones que hasta el día se han podido anudar con Hakodade.

Quizá sorprenderé á muchos de mis lectores diciéndoles que en esta ciudad importante, puesto que posee cerca de 60,000 habitantes indigenas, la colonia europea apenas se compone de doce indivi-



Barbería en Yedo.

duos, de ellos cinco rusos y un misionero; que no hay consulado francés, y que el consulado inglés es casi un mito. Únicamente el consulado ruso tiene alguna influencia; pero es verdad que la Rusia debe tener sus miras respecto de Hakodade, que le es absolutamente necesario como escala para corresponder con sus posesiones de la Mandchuria, y aun es de temer, si continúan siendo indiferentes la Francia y la Inglaterra, que la Rusia no trate un día de apoderarse de Hakodade, como ha hecho ya con una parte de la isla de Seghalian; por fortuna la influencia rusa se halla muy combatida por la influencia americana. Hakodade es una escala muy importante para los balleneros de los Estados Unidos.

El comercio de Hakodade, tanto por la mala vo-

luntad de las autoridades japonesas como por la indiferencia de las autoridades europeas, es muy limitado; esa isla tan vasta y fértil, apenas manda a la China algunos cargamentos de pesca salada y de maderas. Sin embargo, gracias a una excursión por el interior de la isla, pude ver que era muy fecunda, y que las moreras muy comunes, podrían suministrar una exportación de seda considerable. Añádanse a esto los minerales de hierro que no escasea, y la sorpresa del lector podrá compararse con la mía al pensar en tantas riquezas perdidas por la incuria de los agentes japoneses y la falta de autoridad de los cónsules.

Los habitantes de Hakodate difieren esencialmente de los de la isla de Nifon; se conoce ya la influencia de la distancia de la capital y la aproximación al Norte. La temperatura es mucho más fría en Hakodate que en Yedo: he visto nieve, lo que sería considerado como un prodigio en el Mediodía del Japon.

Las mujeres parecen una caricatura de las de Yedo; los ojos altos, los labios gruesos, todas esas señales un poco extrañas de la fisonomía típica japonesa, muy graciosas una vez que se acostumbra a ella la vista, se muestran exageradas en las mujeres de Hakodate; la influencia tartara se hace sentir en su nariz encajonada y sus pómulos salientes; las manos y los pies tan finos en Yedo, son gruesos y mal configurados en Hakodate. La misma diferencia se puede observar en sus costumbres que en sus fisonomías. Los forasteros corren un peligro en esta ciudad cuando se pasean por ella solos; más adelante contaré cómo corrí yo este peligro en la misma tarde de mi llegada.

Durante todo el día estuve dando vueltas por la población examinándolo todo. Las mujeres visten como en Yedo una larga saya ajustada al talle; en la cabeza llevan un edificio monumental formado con el cabello, y se hacen más altas de lo que son por una especie de banquillo que colocan debajo de sus pies. Este banquillo, que es bonito y muy cómodo cuando están sentadas en un asiento un poco alto, las sirve de gran estorbo cuando se trata de andar, pues se ven en la precisión de mantenerse perpetuamente en equilibrio sobre esa especie de zanco minúsculo; nada más singular que verlas andar con tanto trabajo, la sombrilla en la mano y acompañadas de una sirvienta encaramada del mismo modo y con otra sombrilla. Si las señoras japonesas son coquetas, la población masculina no lo es menos.

El barbero japonés es un personaje; su tienda está siempre llena de gente, siendo un centro donde se habla de negocios y de noticias. Estas barberías un poco elevadas sobre el nivel de la calle no tienen puertas ni vidrieras, por lo cual los pacientes sometidos al complicado trabajo del tocado japonés pueden interpelar a los transeúntes.

Al salir de la barbería la curiosidad me llevó a un establecimiento de baños, y por cierto que me esperaba allí un espectáculo singular. Imagínese el lector un salón con enormes cubas, colocadas circularmente, donde los hombres y las mujeres confundidos y desnudos se hacen mutuamente el servicio de restregarse y arrojarse a la cabeza grandes cucharadas de agua, tarea a que se dedican con el mayor fervor. Un japonés que está lavando a otro no suspenderá su ocupación por nada en el mundo. Cada pareja se hallaba tan absorbida en el trabajo, que nadie fijó su atención en mí, a pesar de mi insólita vestidura; cada uno acude allí concienzudamente para bañarse, lo que explica que esa extraña proximidad de sexos no ocasione ningún desorden.

Yo conocía muy mal la ciudad, y temiendo que me sorprendiera la noche, me dirigí a toda prisa hacia el sitio donde suponía encontrar el consulado inglés, que sirve igualmente de consulado francés. Entonces me felicité de haber seguido los consejos de Kukeskaia y de los oficiales de la *Berenice*. Al volverme dos ó tres veces había notado ya una particularidad bastante importante y que no había advertido con el ruido del día; me seguían cinco ó seis mocetones a una distancia respetuosa de unos treinta pasos, y estos hombres de mala traza, me mostraban los puños gesticulando a porfía, y me dirigían apóstrofes singulares que yo comprendía vagamente. La lengua de Hakodate difiere esencialmente de la de Yedo, y la mayor parte de las palabras carecían de sentido para mí; pero lo que yo comprendía muy claro, era que mi escolta no me hacía saludos lisonjeros.

Sin embargo, me acercaba al consulado, donde pensaba pedir la hospitalidad por aquella noche, cuando el más atrevido de la cuadrilla cogió una piedra; el ejemplo fué contagioso, y dos minutos después las piedras volaban por todos lados. Quiso la casualidad que una de ellas entrase en una tienda, donde ocasionó algunos destrozos; el tendero enfurecido salió y amotinó a los vecinos, y yo me encontré entre dos fuegos, ó por mejor decir, entre dos nubes de piedras. Una mujer que sin duda sería la esposa del tendero, asomada a una ventana del primer piso, gesticulaba y gritaba con todas sus fuerzas. Nunca olvidaré el aspecto de aquella bruja cuando me arrojó una enorme tabla que estuvo a punto de cortar mi viaje en lo mejor; para libertarme de aquella muchedumbre cuya cólera no me podía explicar, tuve que disparar un par de tiros de mi revólver apuntando al montón. Ignoro si tengo ó no una muerte sobre la conciencia, pues me aproveché de la dispersión que se operó en seguida para correr adelante. A pocos pasos oí los resoplidos de un hombre que me seguía corriendo; al punto creí que era uno de mis agresores y me volví, pero con mucha satisfacción me encontré en presencia de un marinero ruso que había venido al ruido de mis tiros, y que me propuso acompañarme hasta la legación inglesa.

En el camino me explicó lo que tenía de misteriosa la agresión que yo acababa de sufrir; dos días antes, de resultas de no sé qué pendencia, un oficial inglés había tenido que desenvainar y había cortado el brazo a un japonés. Aquella amable población había querido vengarse sobre el primer europeo que apareciese a su vista.

Confieso que cuando entré en el consulado respiré más libremente; el consulado es casi la patria, pues en esas remotas regiones, basta ser europeo para ser casi compatriota.

C. W.

Reminiscencia

ANECDOTICA-EPISODICA-HISTORICA-LITERARIA DE LA CAMPAÑA DE AFRICA.

Al rayar el alba en uno de los días del mes de marzo de 1860, y después de haber sonado el toque de la diana en los diferentes puntos del extenso campamento de nuestro ejército cristiano delante de Tetuan, llegó un ayudante de campo del general gobernador de Ceuta al cuartel general, que procedente de la rada y desembarque del río Martín traía pliegos para el general en jefe. Cumplió su misión el diligente oficial, supo que el ejército se aprestaba para marchar hacia Tánger por el Fondac, y después de saludar y tomar las órdenes del general O'Donnell, preguntó por un jefe de E. M., que casi lindando con la del general en jefe tenía su tienda, y para quien también traía una carta. La escasa luz del crepúsculo matutino hacía necesaria la luz artificial en la expresada tienda, donde rodeado de algunos escribientes y trabajando ya a tales horas, se hallaba el jefe a quien el ayudante de campo buscaba; penetró este en la tienda; encontróse delante de un brigadier de aliñado talante y no de sobrada edad para tal gerarquía, y saludándole respetuosamente le entregó la carta del gobernador de Ceuta. Hablaba esta, según se pudo después comprender, de varios asuntos oficiales y encargos amistosos, y concluía con un párrafo chistoso que decía de esta manera:

« Por mi fe, señor caballero, que aunque seáis príncipe de los poetas, no habeis de tener ahora la vena del café del Príncipe... y yo apostara unos bordados muy nuevos a que no está a la sazón vuestro ingenio para hacer aquellos facilillos esdrújulos de antaño. » Quedóse suspenso y sonriendo el brigadier al ver el buen humor y los recuerdos del general, amigo suyo y compañero un tiempo de sus controversias literarias en Madrid, y volviéndose al oficial y (escribiendo al mismo tiempo sobre el primer papel que cogió) le dijo: « Sírvase usted decir a su general, que para probarle que tengo buena memoria y la mejor disposición de ánimo acerca de todas sus dudas y encargos, ahí va el inventario de que trata su último párrafo. » El brigadier en efecto, con gravedad disimulada y rapidez, escribió delante del oficial en una cuartilla de papel, unos rengloncitos desiguales con verdadera apariencia de inventario; encerrólos con lacre en un sobre, y los entregó al ayudante para que los llevase a su general, el cual después en Ceuta vió que decían de este modo:

« Te doy mil gracias ¡oh colega!

Por tu párrafo benévolo,
Pero en cuanto a lo de príncipe,
Sólo tanto como clérigo.

Aquí sigo como un párvulo
Entre los alardes bélicos,
Los trámites burocráticos
Mas que con letras con método...

Tengo un caballo magnífico,
Entre otros muchos muy éticos,
Que vagan por estos páramos
Hoy al abrigo atmosférico...

Al impulso de los árabes
Dejamos de ser escépticos,
Y la rapidez del cólera
Ha suprimido los féretros;
No sé pues si aquesta peñola
Que hoy organiza el ejército,
Vendría a ser mañana pábulo,
Ya de los tiempos pretéritos...

Con que ya ves que no es título
Este a la verdad muy épico
Para que me des hipérboles
Tan ajenas a mi mérito.

Si en un tiempo hice versículos
Con afán enciclopédico,
Hoy me ocupo con las fórmulas
De los mandatos enérgicos,
Donde no hay aura, ni sílfides,
Ni manso arroyo, ni céfiro,
Sino secatura clásica
De cierto resabio endémico...

Con citas de reales órdenes,
Con argumentos ascéticos,
Y el Dios guarde por epiflogo
De este párrafo epiléptico.

Basta ya, amigo, de esdrújulos,
Porque este es estilo péximo:

Y perdona aquesta epístola
En que me declaro incrédulo,
Siquiera por si es la última
Que te escribo en este género. »

El general gobernador de Ceuta, que era también poeta y muy entendido en las bellas letras, quedó sorprendido al ver la increíble manera con que su amigo había improvisado el poético inventario, aunque no exento de defectos; pero nosotros ignoramos si el buen brigadier ganó la apuesta de los entorchados nuevos.

NOTA DE LA REDACCION. El bravo brigadier que figura como protagonista en esta anecdota, distinguido literato además, pertenecía al cuerpo de E. M. en el ejército de Africa, y se encuentra en la actualidad de gobernador militar de una de las provincias andaluzas.

Revista de la moda.

SUMARIO. — ¿Qué tenemos en punto a modas nuevas?... Los cuellos de hojalata. — Nuevo adorno de un sombrero campesino. — Una culebra en una zarza de flores. — Resurrección de los chalecos. — Mi opinión de antes y de ahora. — Trajes elegantes. — Prendidos de baile de verano. — Últimos sombreros de la estación. — Los tocados a la orden del día. — Los cinturones de flores. — Descripción del figurín de este número que representa trajes de baile bosquejados en el palacio de Saint-Cloud.

¿Qué novedades tenemos actualmente? Ninguna que yo sepa, al menos en Francia, el país de la moda. En Inglaterra es diferente; y hé aquí que os voy a presentar como excentricidad británica los *cuellos de hojalata*.

Y no se vaya a creer que es una broma, pues hablo seriamente.

Los ingleses son bastante industrioses y viajeros para haber inventado ese cuello, que no tiene más mérito, economía y limpieza que el poderse lavar todas las mañanas. La pintura dura setenta días, y al cabo de este tiempo es preciso recurrir a un pintor de brocha gorda para que la renueve.

Los gentlemen llevan el cuello de hojalata vuelto, y este cuello tiene un pespunte figurado por la pintura; en tanto que las ladies lucen el aderezo completo, que se compone de cuello y puños ilustrados con bordados pintados. Tanto el cuello como los puños se cierran con corchetes.

No se puede comprender que haya personas que sufran este tormento.

Los puños de hierro deben incomodar tanto a las muñecas delicadas y aristocráticas como las esposas que ponen a los presidiarios.

La moda está haciendo a puerta cerrada ensayos generales de todas las novedades de otoño, antes de mostrarlas al público.

Las actualidades de la estación no serán conocidas hasta setiembre.

A propósito de los adornos voluminosos en los sombreros de campo, el *Journal des Pyrénées* cuenta que una culebra se ha hecho un nido en la zarza de flores y de verdura que llevaba uno de esos sombreritos que llaman *Batelera*. La linda dueña del sombrero no pensaba por cierto en el nuevo ornato que tenía encima.

— ¡Qué idea tan original! decían las otras señoras.

Unas decían que el capricho era encantador, y otras se estremecían de espanto al ver la culebra, y eso que la tomaban por imitada.

Lo cierto es que el sombrero de la culebra iba por una parte y otra con asombro y admiración general, cuando su dueña entró a tomar un refrigerio en una pastelería.

Pero hé aquí que apenas la vió la pastelera, se puso pálida y lanzó un grito de horror.

— ¿Qué tenéis? la preguntó la señora.

La pastelera no respondió nada, pero se levantó, tomó unas tenazas, cogió con ellas a la culebra y se la mostró a la señora, que se quedó en el colmo del espanto.

Lo mismo sucederá con el sombrero que con la crinolina. Cuanto más critiquen la altura más altos serán.

En cuanto a los trajes del día que anuncian el otoño sin haber aun perdido la frescura del estío, los vestidos de cuerpo Figaro, Señorita, Español, etc. (el nombre importa poco puesto que el corte es el mismo) se llevan con chalecos de moaré antiguo, de tafetan y de raso, ó bien con el cinturón Rosita, que llena el vacío hecho por la abertura redondeada del cuerpo Señorita.

Otra vez tenemos el chaleco; pero creemos que la moda será pasajera.

Hace unos diez años se usaron los chalecos, y yo repito hoy lo que dije entonces:

— Para llevar chaleco es preciso tener un talle esbelto y fino.

El chaleco exige en efecto un talle delgado, y por consiguiente una señora de treinta años es raro que pueda usarlo.

Tal es mi opinión de entonces y de ahora.

Hé aquí un traje elegante en este género que os ofrezco como novedad.

El vestido es de tafetan color amatista, esto es, un violeta nuevo, malva y rosa a la vez; una invención preciosa.

En el bajo de la falda hay una ancha banda de tafetan blanco cubierta con una redecilla de pasamanería.

Esta es una novedad de otoño que se repite sobre los volantes de tafetan negro con banda verde y redecilla negra, ó sobre violeta con tafetan negro y redecilla violeta.

El gusto y el capricho cambian los colores. Yo me limito a indicar el género.

El cuerpo es una chaquetilla Figaro redondeada sobre el pecho, que lleva como la falda su banda y redecilla.

Esta chaquetilla se ajusta sobre un chaleco de tafetan ó moaré blanco cerrado con botones de amatista.

Las mangas de codo son redondas y abiertas de lado y llevan igual adorno. Por la abertura se escapan ondas de tul con puño de punto de Venecia ó de aplicacion.

Otro traje muy original para baños de mar consiste en un vestido de fular Shangai color maíz, adornado en el bajo de la falda con un ancho entredos de Chantilly y un rizado menudo maíz y negro.

El cuerpo cerrado en forma de chaleco va abierto en corazon sobre el pecho y lleva el mismo entredos y el mismo rizado.

En la costura de la manga igual adorno.

Un pequeño paletó voluntario completa este traje.

El paletó era de fular maíz con guarnicion adecuada á la de la falda.

Pasemos ahora á los trajes de baile.

En la actualidad se baila en Baden y en todos los casinos de los baños de mar.

Un vestido blanco de tarlatana terminado por un gran volante rizado y coronado de cocas nevadas de tarlatana. Entre cada coca serpentea un cordon de florecillas, escogidas segun el gusto de la persona.

Otro de tul blanco ilusion adornado de bullones mas anchos por abajo, y que suben en punta hácia la cintura con ruche de crespon maíz entre cada bullon, ó ruche de crespon lila.

Este traje es muy vaporoso y fresco, y tiene un carácter muy aristocrático.

Otro de tafetan malva con un gran volante rizado por abajo, y coronado con una greca de entredos de encaje de Chantilly ó de Inglaterra. Cuerpo Watteau escotado con greca de encaje que se repite por delante, y vuelve en torno de una pequeña faldeta, así como adorna tambien las costuras de las mangas y remata en una bocamanga Mosquetera.

Otro de muselina blanca lisa ilustrado con una lluvia de coronitas de tafetan de cinta núm. 2, rizada. El efecto de las coronas no puede ser mas lindo. En medio hay una florecilla del color de la cinta, una violeta, una rosa, una margarita, una mata de jazmin. Hácia el bajo de la falda hay dos volantes ondados, digámoslo así, por coronas de cinta. El cuerpo es escotado y lleva una berta del mismo estilo.

Otro vestido de gasa de Chambéry guarnecido con tres volantes rizados separados por listas de entredos de encaje negro. Se puede aplicar el encaje sobre cada paño, pero este adorno es un poco triste.

De los vestidos pasemos á los sombreros de calle y á los tocados de soirée y de baile.

Son los últimos sombreros del verano.

Un sombrero de tul blanca representando grecas de blonda sobre trasparente de tul blanco con ala de tul que lleva por un lado tres lazos de cinta azul ribeteados de blonda. En lo alto del sombrero hay una coronita Pompadour con un fleco de plumas azules. Cintas azules, y en el interior rizado de tul blanco.

Otro de crespon malva cubierto de tul, blonda y bordado de gruesas rosas con bavolet de crespon malva, sobre el cual se anuda un lazo de blonda con franja de encaje negro. Por un lado cocas de crespon blanco y de encaje negro sosteniendo unas plumas de gallo con penacho negro y blanco. En el interior un grueso rizado de crespon blanco con encaje negro.

Una capota de tafetan verde Isly con ramo de capullos de rosa puestos al lado. El casco le forman tres bullones de tul separados por hebillitas de terciopelo verde con puntilla de blonda. En el interior lazo de terciopelo verde y ramillete de pimpollos de rosa. Cintas verdes.

Otra capota de crespon rosa con adorno de pluma blanca puesta de lado y cayendo en el interior sobre una rama de rosas silvestres. Bavolet de crespon rosa cubierto con un fichu de encaje negro. Cintas de tafetan rosa.

En cuanto á los tocados de baile, deben ser siempre adecuados á los vestidos.

Los tocados jardinera sientan muy bien con los vestidos blancos, negros y color de maíz.

Las guirnalda de anchas margaritas blancas con yerba de los prados, son tambien muy lindas y elegantes.

Los cordones de rosas silvestres forman sobre los cuerpos escotados el corpiño Señorita, y se anudan en cinturon de flores por detrás.

Hay tambien cinturones Rosita hechos de flores con largas puntas de follaje y de capullos.

Mientras pueda hablar de las actualidades del otoño, hé aquí una preciosa coleccion de trajes de baile de verano copiados en Saint-Cloud el 14 de agosto, la víspera de la fiesta de S. M. el emperador.

La primera figura lleva un vestido de tafetan azul turquesa, adornado por el bajo de la falda con dos anchos bullones de tul ilusion sembrados de narcisos blancos con boton amarillo. Entre cada bullon y en la orla de la falda hay dos pequeños volantes de crespon azul recortado. El cuerpo escotado tiene una berta con bullones y volantes de crespon. En cada hombro y en medio del cuerpo ramilletes de narcisos blancos. Mangas cortas con bullones de crespon y ruche de blonda. Tocado compuesto de cocas recogidas sobre las sienes, con adorno de narcisos blancos por detrás y por delante. Abanico de hojas de tafetan azul con ramas de narcisos blancos. Sobre la montura, que es de nácar de perla, se ven esculpidas flores de narcisos dorados.

El segundo traje es de tafetan verde mar, cubierto de gasa verde de Chambéry, y ricamente guarnecido de encaje de Chantilly puesto en cascada por los lados y formando delantal. Las cascadas de encaje están sostenidas por ramilletes de violetas. El cuerpo es escotado con berta de encaje y ramo de violetas ó reina Margarita. En la cabeza una diadema de violetas ó margaritas dobles.

El tercer vestido es de gasa blanca de Chambéry, y está adornado con pequeños volantes rizados y orlados de terciopelo cereza. El cuerpo, graciosamente fruncido, lleva un cinturon Señorita anudado al lado, con anchas puntas caídas ribeteadas de terciopelo cereza. El alto del cuerpo lleva dos rizados de aplicacion de Inglaterra, por los cuales pasa un terciopelo punzó.

En la cabeza guirnalda de rosas silvestres blancas y encarnadas.

El último traje es de tarlatana rosa sumamente sencillo. En el bajo de la falda se ven siete rizados de tarlatana rosa. En el talle un cinturon Señorita prendido por detrás en forma de lazo, con anchas puntas flotantes que rematan con rizados. La berta es redonda y lleva tres hileras de rizados, en tanto que las mangas no ofrecen mas que dos volantes.

El tocado consiste en anchas margaritas rizadas prendidas en el cabello, y que forman guirnalda. Ramillete de flores de la estacion.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

España en Lóndres.

(Continuacion.)

CARTA OCTAVA.

Si las exposiciones universales que se verifican en los grandes pueblos no tuvieran mas ventaja que la de reunir en un punto dado considerable número de personas distinguidas de los diversos países para que se conozcan, estimen y cambien entre si los caudales de su experiencia particular, constituyendo una experiencia comun, esta sola ventaja compensaria suficientemente las incomodidades y dispendios que ocasiona el aglomerar en una nacion y sitio determinado los productos y representantes de todo el universo. Es tal la condicion humana, que ni los libros, ni los periódicos, ni los viajeros ordinarios consiguen nunca, aun cayendo cerca de personas ilustradas é imparciales, rectificar los errores que respecto á todos los demás países se tienen comunmente en cada uno de los que se examinan. El hombre mas cuerdo y de mejor sentido, que lamenta la facilidad con que se propagan en otras naciones los absurdos referentes á la suya, no opone el menor obstáculo á creer los absurdos que se cuentan de las demás, ni á propararlos con ligereza igual á la que lamenta; siendo de advertir que hasta despues de rectificado el juicio se siente como pena de renunciar á tan sabrosas murmuraciones.

Solo con motivo de esos grandes certámenes de la inteligencia, en que, no ya viajeros aislados, sino caravanas enteras de hombres distinguidos, de sabios, de escritores, de artistas, confluyen á uno de los focos de la ilustracion pública, acompañados de los comprobantes morales y físicos que determinan el grado de aptitud, de aplicacion, de ciencia, de costumbres en que se halla el pueblo de donde proceden; solo en estos certámenes se aprende y se enseña á rectificar lo errado, á negar lo que se afirmaba y á medir con exacto criterio la verdad de las cosas, anublada ó pervertida antes por la distancia y la incomunicacion. Entonces se ve que todos los países de Europa, así como los de otros hemisferios á donde ha llegado la mano civilizadora del progreso humano, todos, cuál mas, cuál menos, se parecen mucho, piensan acordes en la mayor parte de las cuestiones generales, aspiran á fines analogos, y solo se diferencian en leves perfiles de forma, hijos de su clima, de su tierra ó de su historia.

Por eso los que manejan estos concursos universales, en razon á su mayor adelanto ó mayor riqueza, convocan para cuando ellos se verifican asambleas ó congresos destinados á controvertir asuntos de interés universal, donde se oyen todas las opiniones, se examinan todos los sistemas, se exhiben los resultados de la práctica, y en una palabra, se adoptan fórmulas aplicables á todos los países.

Uno de estos congresos, el mas importante sin duda de cuantos se han verificado con motivo de la Exposicion de Lóndres, ha sido el congreso internacional de beneficencia.

Hace pocos años, 1853, la *Sociedad caritativa de París* resolvió, por indicaciones de su presidente el señor vizconde de Melun, aprovechar la favorable ocasion que ofrecia la exposicion universal de la industria y de las artes para proponer una conferencia de bienhechores de todos los países bajo el titulo de Reunion internacional de Caridad. La idea mereció el apoyo de cuantas personas se hallaban en el caso de prestar sus servicios á tan humanitario pensamiento, y la conferencia, ó por mejor decir, las conferencias se celebraron con no poco provecho de la humanidad menesterosa; pues se discutieron y acordaron bases para instituciones tan benéficas como asilos de lactancia, socorros mutuos, cajas de ahorros para compra al pormayor de sustancias alimenticias, protectorado á los niños trabajadores, casamiento de indigentes y otras muchas de las que reclama el estado de la civilizacion, á la vez que la necesidad de las clases desacomodadas.

Un año despues el señor Dupetiaux, inspector general de prisiones y establecimientos benéficos de Bélgica, propuso coordinar los trabajos de la reunion francesa, darles carácter permanente, convocar en periodos fijos reuniones generales á que fuesen llamados todos los países, y por último, celebrar desde luego en Bruselas el primer congreso internacional de beneficencia bajo los auspicios del rey Leopoldo, presidido por el ministro del Interior. Esta vez el carácter de la sociedad fué completamente público, no tanto por la circunstancia de que un rey y un ministro tomaban parte en sus trabajos, cuanto porque todas las naciones mandaron á ella sus representantes oficiosos. Nuestra España comisionó á los señores La Sagra y Villaboa, los cuales, sea

dicho en su honor, alternaron dignamente con notabilidades científicas y administrativas de toda Europa en cuestiones de tanto interés como el mejoramiento de habitaciones, mobiliario y traje de las clases trabajadoras; invenciones para perfeccionar el trabajo manual, sanificar las profesiones é impedir accidentes desgraciados, con otras de análoga importancia y de prácticos é inmediatos frutos.

Por fin, en 1857 Francfort-sur-le-Mein fué el punto designado para un segundo congreso, á que asistió en nuestro nombre el secretario perpétuo de la Academia de medicina de Madrid señor don Matías Nieto y Serrano, en el que ya se discutieron asuntos referentes á beneficencia, educacion y reformas penitenciarias: se acordaron bases para leyes que tuvieran por objeto uniformar en todas partes los socorros para idénticas desdichas; se encargó á los comisionados influir con sus gobiernos en pro de la adopcion de aquellas y posteriores reformas; y últimamente, se convino que el 4 de junio de 1862 se reuniera por tercera vez el congreso internacional de beneficencia en la ciudad de Lóndres con motivo de la tercera Exposicion universal.

Fácil es concebir el incremento que constancia tan señalada habia proporcionado á la asociacion, y el impulso que del programa convenido, de la importancia del lugar y de los individuos que iban á tomar parte se esperaba de esta nueva convocatoria. Y en efecto, las naciones designaron mayor número de representantes; principes y magnates ofrecieron crecidas subvenciones; una respetable sociedad inglesa, la *Asociacion para promover el progreso de las ciencias sociales*, puso á disposicion de la asamblea benéfica el local de sus sesiones, multitud de bienhechores de ambos sexos se escribieron para pagar las cuotas necesarias al sostenimiento y propagacion de los trabajos en que se ocupase el congreso; en una palabra, lo que siete años antes habia nacido humilde y privadamente en el seno de una conferencia particular, recibia ahora sancion unánime de gobiernos y pueblos, augurando un porvenir hasta mas directo y beneficioso que el que se pretende obtener con declamaciones vacias y cómicos apóstrofes que envenenan la conciencia del menesteroso, perturban su razon, extravian su juicio y le dan por resultado hambre y muerte en cambio de una tranquila sencillez que le roban, no gentes criminales, pero sí obcecadas.

Y á la verdad que es admirable el ver cómo, por misteriosos resortes de esa civilizacion moderna tan combatida, y en gracia de la paz que los partidos medios tan calumniados proporcionan, se reúnen á una hora dada una porcion de individuos que han dejado su hemisferio, su nacion y su casa para conferenciar con otros hombres, casi sus antípodas, sobre la manera de remediar la desgracia, prevenir la miseria, socorrer al paciente, morigerar al extraviado, corregir al réprobo, ilustrar al ignorante; y todo por los medios sencillos de la predicacion, del escrito, de la dádiva, sin exigir retribucion ni agradecimiento, sin imponer condiciones humillantes, en contraposicion de aquellos tiempos en que tambien se difundia la cultura, pero con la invasion, con la conquista, con las armas; llevando en una mano el pan y en la otra la espada, en un bolsillo el dinero y en el otro la pólvora, en un vaso el maná y en el otro la muerte.

Hoy (y aun no ha llegado ni con mucho la época del posible perfeccionamiento) acuden estrellas errantes hácia un pequeño astro que se ilumina y agranda por la discusion, el comercio de ideas, el cambio de observaciones; sol que irradia despues pacíficamente á la circunferencia del globo en humildes asientos de ferrocarril, llevando luz y calor y vida á los ciegos, á los haraposos y á los moribundos. Porque en el congreso de beneficencia de 1862 no estaban representadas solamente las cultas naciones de Europa y América, sino que habia representantes de la India, de la Persia, del Japon, y mogoleses y africanos y turcos, que no con sus ideas, pero sí con su atencion y su voluntad, oían, estudiaban, comprendian, se preparaban á llevar á sus remotos y atrasados países la luz de la ciencia, la palanca del bienestar, los elementos de la verdadera vida humana; previniendo con pasmoso instinto la contingencia de que fuese necesario un día, vista su desidia ó terquedad, hacerles oír la palabra del mundo moderno con la asoladora voz de los cañones.

El gobierno español habia mandado diferentes representantes á la asamblea: los unos en nombre de la beneficencia y sanidad, eran el mismo señor Nieto y Serrano, que ya estuvo en Francfort, y el señor don Nicolás de Alfaro, á quien sus particulares aficiones y estudios hacian á propósito para el objeto, en su doble circunstancia de antiguo profesor y residir largos años en Inglaterra y Francia: los otros, designados por la presidencia del Consejo de Ministros como miembros de la Junta general de estadística, eran el excelentísimo señor don Francisco de Lujan y los señores don José Emilio de Santos y conde de Ripalda, á los cuales se agregaron voluntariamente varios españoles deseosos de contribuir con su limosna, si no con su activa cooperacion, al benéfico instituto, siendo el último de todos el que escribe estas lineas, quien por circunstancias especiales no era ajeno completamente á los antecedentes de la obra.

España pues tenia numerosa y digna representacion en aquella pacífica asamblea, lo cual no dejó de notarse por los que, acostumbrados á prescindir de ella durante mucho tiempo para todo lo que no fuese murmurar de su atraso ó lamentar sus contiendas civiles, veian ahora que en su reciente y rápida regeneracion, si ganaba batallas en Africa, si contribuia en Asia al triunfo de

las luces y si conquistaba con el ejemplo y la fraternidad ricos territorios en América, tenía también para Europa armas que llevar á sus consejos, algunas de las cuales, como por ejemplo, veinte y dos libros de estadística que depositó en la mesa del congreso con asombro é incredulidad de los que aun no los habían abierto, demostraban lo mucho que, sin vanos alardes y al amor de una paz bien administrada y bien entendida, crecía nuestro país en aplicación, en ciencia y en recursos.

Con mucha anticipación se hallaban reunidos en Londres los comisionados de todos los pueblos; así que, para el día de la fiesta religiosa, ya se conocían y trataban la mayor parte, ó se habían ratificado antiguas relaciones de correspondencia. Los ingleses principian todos sus actos como los cristianos viejos principian los suyos, esto es, impetrando las luces del Altísimo por medio de ceremonias religiosas. Lo que debía servir de base al congreso de que hablamos estaba citado para la histórica abadía de Westminster, templo el más caracterizado de Londres, quizá porque perteneciendo algún día al culto católico, cuyo título conserva aun el cardenal jefe de nuestra Iglesia, había pasado después á ser el asiento principal del protestantismo metropolitano.

A las once de la mañana el día 4 de junio se hallaban congregados en la sala de Jerusalén, próxima á la nave del templo, los miembros de la asamblea caritativa, algunos de los cuales, como los mogoleses y persas, conservaban en la cabeza la extraña mitra de su país; no sabemos si protestando en su interior como protestábamos los católicos de asistir á aquel acto por mera cortesía y en atención á ser un mismo Dios aquel á quien iban á dirigirse las plegarias. El obispo de Londres, que recibía el cortejo, estaba saludando individualmente á todos los que llegaban, cuando de improviso se dejó sentir sobre el entarimado de la estancia un clamor sordo, pero solemne, producido por el golpeteo de la gran mayoría de circunstantes. Era que lord Brougham, el anciano y venerable presidente interino de la asociación, había llegado á la puerta. Los ingleses profesan un respeto profundo, una glorificación constante á los hombres de mérito, á quienes en vida saludan siempre con entusiasmo; prodigan todo género de distinciones, colman de todo linaje de prebendas y á su muerte perpetúan su memoria en los anales de la nación y su cuerpo en las estatuas públicas de las calles.

Este lord Brougham, patricio eminente, orador distinguido, publicista insigne y hombre de bien, recibía en el último tercio de su vida la satisfacción inapreciable de que sus contemporáneos saludasen su vista interpretando el clamor de la posteridad. En Inglaterra no estorba la vida, como entre nosotros, para ser apreciado y favorecido.

El noble lord entregó su mano á cuantos le rodeaban, y acompañado del obispo de Londres nos condujo al templo.

Un oficio protestante de vísperas es casi idéntico al mismo oficio católico en su forma y en sus oraciones, si se exceptúa lo que directa ó indirectamente alude á la silla de San Pedro y el llamar á la Madre de Dios solo la Santa María, por no ser para ellos artículo de fe, aun cuando tampoco la nieguen la virginal pureza después del parto. El modo cómo se canta y la manera sublime con que se oye ya tendremos ocasión de consignarlo cuando en próximas cartas hablemos de la música y de la religiosidad del pueblo inglés. Únicamente diremos ahora que el respetable abad de Westminster, á quien nosotros habíamos preguntado en la puerta del templo por la dirección de la sala de Jerusalén, bien ajenos de que fuese una dignidad de la Iglesia, porque vestido como nosotros daba el brazo á su mujer y á su hija; el respetable cura, decíamos, subió al púlpito y recitó, con el papel delante, una plática alusiva á la caridad y á la beneficencia.

Para nosotros los católicos acostumbrados al celibato de los sacerdotes, no hay nada en la religión protestante que nos extrañe tanto como ver á los curas de almas vestidos de levita y con chalina blanca (única distinción de los seglares) dar el brazo á sus mujeres y colo-

carlas en el coro de la catedral, como si fuesen parte integrante, y ciertamente lo son, de la dignidad que ellos representan. Muchas dotes deben reunir estos ministros para que se les respete con tan vulgares apariencias de secularización; y en efecto, un cura protestante ó un obispo (aun cuando ya los obispos no se casan, pero suele sorprenderlos el obispado con mujer y con hijos) un sacerdote del culto anglicano estaría muy propenso á la desatención y falta de respeto público si no sustituyese, como lo hacen, lo que les falta de for-

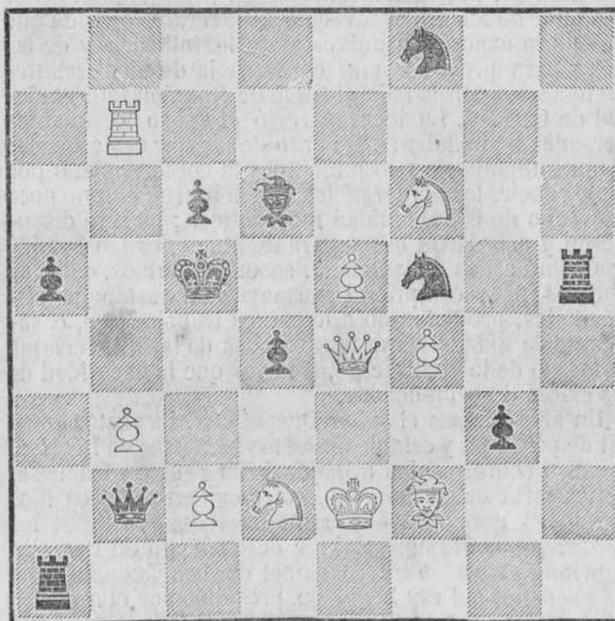
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 23.

- 1 P 2 pasos jaque. R 3ª Ra
- 2 C 4ª R jaque. R 4ª Ra
- 3 C come P jaque. R 3ª Ra
- 4 T 7ª Ra jaque. R 4ª CRª
- 5 C 3ª C jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 24, POR M. G. BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.



Colocacion de la primera piedra de la iglesia del Vesinet : alocucion del señor obispo de Versalles.

mas exteriores con ser modelo de esposos, de padres y de ciudadanos, hasta donde prescriben las mas escrupulosas exigencias.

Concluido el sermón y cantado un *Te Deum*, los lores asistentes y los ministros de la catedral despidieron al concurso, no sin permitir á todos que visitasen los históricos sepulcros, las joyas de arte y de piedad que encierra la abadía, deteniéndose á explicar por sí mismos los innumerables objetos que en aquel gótico recinto requieren particular mencion; acto delicado de exquisita sociabilidad, que desmiente, como todos los que observa el viajero, la injusta fama de poco hospitalarios con que motejan á los ingleses los que viajan con *cicerone* y maleta sin asomar los ojos á la patria del agasajo, de la urbanidad privada y del orden doméstico.

Una nueva reunion preliminar convocó la junta instaladora del congreso antes de declarar abiertas sus sesiones. Tratose en ella del orden de discusion, de las candidaturas para los cargos, del método que habia de emplearse en las secciones, y sobre todo de estrechar las amistades de los miembros; reunion de que nos ocuparemos, porque ofreció de notable la circunstancia de que un lord de las principales familias de Inglaterra, un hombre político de reconocida altura, el conde

Shaftesbury, solicitase por escrito la honra de presidir las sesiones de la asamblea, puesto que lord Brougham habia de presidir las de otra que funcionaba independientemente á la vez. Y es que los ingleses no disimulan con hipócrita modestia sus deseos de figurar en las posiciones importantes, ni tienen miedo á la discusion de su renombre cuando lo han adquirido en públicas y legítimas lides; antes por el contrario, salen á la calle, se rodean de la multitud, la exhortan, piden gracia al pueblo para su persona, exponen sus meritos y su programa, sufren las invectivas de los enemigos, se captan, si es posible, la voluntad de sus propios detractores, y cuando se sientan después en un sillón, saben que lo han conquistado, no por una gracia ministerial ó por una intriga política, sino por el voto más ó menos acertado, pero siempre unánime, de las personas á quienes van á dirigir ó aconsejar. El conde de Shaftesbury pues se sentó en la presidencia del congreso de beneficencia porque todos quisimos que se sentara; porque los extranjeros allí presentes, sin carácter ni fuero alguno legal, tuvimos la condescendencia, el gusto, la voluntad de que se sentase; porque los convidados, en fin, permitimos que se colocase á la cabecera de la mesa el dueño de la casa.

Tales fueron los antecedentes de la tercera reunion del congreso internacional de beneficencia convocada en Londres.

(Se continuará.)

Colocacion de la primera piedra

DE LA IGLESIA DEL VESINET (CERCANIAS DE PARIS).

El bosque del Vesinet, situado en las inmediaciones de Saint-Germain, está sufriendo actualmente una hermosa trasformacion, gracias á la inteligente iniciativa de M. Pallu, director de la sociedad del Vesinet. Por todas partes se improvisan allí las mas lindas casas de recreo, y todo el parque se halla hoy surcado por canales de agua del Sena que forman riachuelos, lagos y cascadas.

El domingo 20 de julio último se puso con toda ceremonia la primera piedra de la iglesia consagrada á la poblacion que se ha reunido ya en aquellos sitios.

El señor obispo de Versalles dijo una misa en medio del bosque, y después pronunció una alocucion que fué escuchada con el mayor recogimiento por la crecida muchedumbre que asistía á la ceremonia.

La fiesta continuó después con juegos, conciertos, carreras, etc., y se terminó con fuegos artificiales muy vistosos, bailes y brillantes iluminaciones en el bosque y sobre las aguas.

H. C.